

GERMINAL

JEFE DE REDACCIÓN: JOAQUÍN DICENTA

Madrid.....	Trimestre.....	2	pts
	Año.....	7	—
Provincias..	Trimestre.....	2,50	—
	Año.....	9	—
Extranjero y Ultramar: Año, 15 pts.			
Número suelto, 15 cts.—Atrasado, 25 ejemplares, 2,50 pesetas.			

HORAS DE OFICINA: DE 3 A 6.

Redacción: LIBERTAD, 29, Madrid.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

SUMARIO.

TEXTO.

Tourguéneff, Alfonso Daudet.—¿Otra denuncia?—El arte en las Cámaras, Joaquín Dicenta.—A un poeta, J. Jurado de la Parra.—Las reformas de Filipinas, Juan de la Encina.—Rápida.—Agitar el campo, A. de Santaclara.—La muerte en el campo de batalla, León Tolstoi.—Amorcitos, José Juan Cadenas.—Práctica del socialismo positivista, I. L. Lapuya.—Golpe en vago, Dicenta.—Croniquilla, Gil Parrado.—Invocando la ley.—El Cherminal, Rodrigo Soriano.—La libertad de pensar.—A defenderse.—Los explotados, D.—Carmen Cobeña, J.—Las quintas, Francisco Macein.—La internacional del oro, Ernesto Bark.—Los dos Cristos, Ramiro de Maeztu.—Cosas.—Bual, A.-F. Pisemsky (folletín).

GRABADOS.

Tourguéneff (retrato).—Esperando la señal, Villegas.—Cuentos de caza, Crütznér.—Carmen Cobeña (retrato).



TOURGUÉNEFF.

Ué hace diez ó doce años en casa de Gustavo Flaubert, en la calle Murillo. Allí nos reuníamos todos los domingos cinco ó seis hombres, los mismos siempre; nuestras reuniones eran íntimas, cerradas á llave para los comparsas y los necios.

Un domingo en que llegué como de costumbre á saludar al maestro y á los amigos, Flaubert me dijo en la antesala.

—¿No conocéis á Tourguéneff? Está aquí.

Y sin esperar mi respuesta me condujo al salón.

Un viejo de barba de nieve se enderezó, al verme entrar, sobre el diván donde estaba sentado, desarrollando sobre los almohadones los anillos de su cuerpo de boa y fijando en mí sus ojos sorprendidos, enormes.

Nosotros, los franceses, vivimos en una ignorancia supina de toda literatura extranjera. Nuestro espíritu es tan perezoso como nuestros miembros; por no viajar ni con el cerebro, ni con los pies, ni leemos, ni colonizamos. Yo conocía por casualidad la obra de Tourguéneff. Había leído con entusiasmo las *Memorias de un señor ruso*; este libro, encontrado al azar, me había llevado á la lectura de los otros.

Estábamos unidos sin conocernos por el amor á la naturaleza, por una comprensión gemela de su desarrollo.

Por regla general, los descriptivos no tienen más que ojos y se contentan con pintar. Tourguéneff tiene olfato y oído... sus sentidos todos están abiertos de par en par para recibir á la naturaleza. Tourguéneff está lleno del olor de los campos, del ruido de las aguas, de las languideces del cielo y se deja llevar, sin tener escuela literaria determinada, por la orquesta de las sensaciones.

Esta música no llega á todos los oídos. Los ciudadanos ensordecidos desde la infancia por el ruido de las grandes poblaciones, no la oyen; no oírán nunca las voces que hablan en el falso silencio de los bosques, cuando la naturaleza se cree sola, cuando el hombre se olvida de sí propio.

Las estepas de Rusia han sido las encargadas de desarrollar los sentidos y el corazón de Tourguéneff. Es muy hermoso escuchar á la naturaleza; los que la aman, aman también al hombre, no se olvidan de él,

sufren con sus desgracias, con sus postergaciones, con sus miserias, y son, sin querer, sin pensarlo acaso, grandes revolucionarios; el camino de la piedad les lleva derechos á la protesta y á la insurrección. De aquí la dulzura piadosa, triste como el canto de un mujik que solloza en el fondo de los libros del novelador eslavo. Es el suspiro humano que forma como el aire respirable de la desgracia é impide que el mundo se asfixie. Y este suspiro, repetido siempre, hace de las *Memorias del señor ruso*, la obra de los pobres y de los esclavos: una *Cabaña de Tom*, sin declamaciones y sin gritos.

Yo sabía todo esto cuando conocí á Tourguéneff. Desde hacía mucho tiempo ocupaba una silla de oro en el Olimpo de mis dioses literarios. Pero lejos de suponer su presencia en París, no había pensado siquiera si Tourguéneff era un vivo ó un muerto. Se comprenderá mi sorpresa al encontrarme cara á cara con él, en un salón de París, en un tercer piso, frente á una ventana por la que se descubrían las verduras del parque Monceau.

Le expliqué mi deseo de conocerle mientras le expresaba mi admiración. Le dije que le había leído por vez primera en los bosques de Senart. Allí era donde había encontrado su alma en el dulcísimo recuerdo de los paisajes que llenaban sus libros.

Tourguéneff, me interrumpió diciendo:

—¿Con que me habéis leído?

Y me dió detalles de la escasa venta de sus libros, de la obscuridad de su nombre en Francia. Hetzel le imprimía casi de limosna. Su popularidad no había atravesado la frontera. Sufría mucho en ser desconocido en el país que más amaba, en Francia. Confesaba este abandono, este olvido de los lectores franceses, con tristeza, pero sin rencor. Al contrario, estaba unido á Francia con amor entrañable. Desde la campaña del 70 la quería como á su patria. No podía separarse de ella.

Aquel domingo no había nadie en casa de Flaubert, y nuestra conversación se prolongó mucho... hasta que Tourguéneff me dijo que tenía que ir á buscar «á aquellas señoras» al concierto Padeloup.

Me agradó mucho que el eslavo gustase de la música. En Francia casi todos los literatos la odian; el amor á la pintura les tiene locos. Teófilo Gautier, Saint-Victor, Hugo, Banville, Goncourt, Zola, Leconte de l'Isle, todos musicóforos. De entre mis amigos literarios yo he sido el primero que ha confesado en voz alta mi ignorancia de los colores y mi pasión por las notas.

Tourguéneff había adquirido esta afición por la música gracias á su intimidad de treinta años con la Viardot García, la famosa cantante hermana de la Malibrán. Solo y soltero, Tourguéneff habitaba desde hacía mucho tiempo con aquella familia, ocupando en el piso tercero de la casa una habitación calefaccionada y coquetona como un gabinete de señorita. Tourguéneff había prestado á los esposos sus aficiones artísticas: la música á la mujer, la pintura al marido.

A su casa me llevó, luego de recoger en el concierto á «aquellas señoras», que eran la familia de la Viardot. Se tumbó en un sofá, me senté á su lado, y continuamos la conversación.

Me habló de su nueva obra, de la que tenía en proyecto, *Las tierras vírgenes*, una pintura sombría del nuevo parto que gestaba en las profundidades de Rusia: la historia de los pobres, de los desheredados, de los sin ventura, de los necesitados de justicia y de pan. Y mientras él me hablaba yo pensaba en que Rusia es una tierra virgen, una tierra húmeda aún, donde el paso más insignificante marca su huella, una tierra donde todo está nuevo, por hacer y por explorar...

Desde aquella conversación nuestras entrevistas se hicieron muy frecuentes, y en tal época nació la idea de una reunión mensual, gracias á la cual los amigos se reunían alrededor de una buena mesa. Aquella comida se llamaba «la comida Flaubert» ó «la comida de los autores silbados». A Flaubert le habían silbado *El Candidato*; á Zola *Capullo de Rosa*; á Goncourt *Enriqueta Maréchal*; á mí *Arlesiana*. Girardin quiso ser de la partida; se le eliminó: no era un literato. Tourguéneff nos dió su palabra de honor de que había sido silbado en Rusia; y como Rusia estaba muy lejos, hubo que creerle bajo palabra.

Nada tan delicioso como estas comidas de amigos,

donde se conversaba sin temores, con el espíritu en el cielo y los codos sobre el mantel. Se sentaba uno á la mesa á las siete y á las dos de la mañana se seguía hablando. Flaubert y Zola comían en mangas de camisa. Tourguéneff se echaba sobre el diván, y se hablaba de literatura, del libro nuestro que acababa de aparecer. Unas veces era *La tentación de San Antonio* y *Las tres cruces*, de Flaubert; otras *La hija de Elisa*, de Goncourt; otras *El Padre Mouret*, de Zola; *Las reliquias vivas*, *Las tierras vírgenes*, de Tourguéneff, mi *Fromont* ó mi *Jack*. Se hablaba de ellas con el corazón en la mano, sin adulaciones, sin complicidades de admiración mutua.

Cuando se terminaba con los libros y con las preocupaciones del día, la conversación tomaba otro camino, el de las tesis, el de los grandes ideales, el del amor ó el de la muerte.

—¿Y vos, Tourguéneff?, —le preguntábamos.

—¡Oh, sí, la muerte!, respondía él. No pienso en ella. En nuestro país nadie se la imagina bien; permanece lejana, envuelta por la niebla eslava...

Esta última palabra decía mucho sobre la naturaleza de su raza y de su propio genio. La niebla eslava flota en toda la obra de Tourguéneff, la vela, la hace oscilar; y su conversación era lo mismo: empezaba tembloroso, vacilante, penosamente. De pronto se disipaba la niebla, atravesada por un rayo de luz, por una palabra decisiva. Nos describía su Rusia, no la Rusia del Beresina histórica y convencional; una Rusia en verano, con sus trigos, con sus flores, la pequeña Rusia, llena de hierbas y zumbidos de abejas. Nos hablaba del aldeano ruso, de su alcoholismo profundo, de su sordera de conciencia, de su ignorancia de la libertad... de su reivindicación futura.

Se hablaba de la muerte, y la muerte, de quien se hablaba siempre, nos arrebató á Flaubert. ¡El mejor de todos, el lazo de unión entre todos! Desaparecido él, nuestra vida cambió; nos encontrábamos de tiempo en tiempo; nadie se sintió con valor para reanudar las comidas pasadas...

Hace dos meses que ví á Tourguéneff por última vez. Como siempre, la casa estaba llena de flores; abajo se oía la voz hermosísima de la Viardot; nada había cambiado más que el gran artista, atacado de una angina en el pecho y convaleciente aun de la extracción de un quiste. Como no había sido cloroformizado, me contó la operación con gran lucidez de recuerdo. Al principio había experimentado la sensación circular de un fruto que se pela, luego un dolor agudo, penetrando la carne viva.

Tourguéneff añadió:

Analizaba mi sufrimiento para contároslo en una de nuestras comidas. Pensaba que hubiera sido un relato interesante.

Como aun podía andar, me acompañó hasta la puerta...

Un mes más tarde supe que Tourguéneff agonizaba. No podía creerlo. Debían ser eternas estas grandes inteligencias...

Murió... ¡Ah! ¡Las comidas de Flaubert!... Las reanudamos el otro día. Sólo éramos tres.

ALFONSO DAUDET.

¿OTRA DENUNCIA?

Leemos en «El Imparcial»: «El número último de GERMINAL ha sido denunciado.»

Esta noticia y la presencia de un señor Delegado que ha recogido los ejemplares sobrantes de GERMINAL, es cuanto sabemos hasta ahora.

—¿Estamos denunciados?

¿Por quién?

¿Por qué?

Se reciben soluciones á esta charada en la Redacción del periódico.

EL ARTE EN LAS CÁMARAS.

GAPRIET d'Annunzio, el famoso escritor, ha sido elegido diputado en Italia.

¿Cuál es el programa que lleva á la Cámara italiana Gabriel d'Annunzio? Su programa es sustentar la belleza. Va á las Cámaras á defenderla, á proclamarla, á combatir por ella.

Italia que es la patria del arte, no ha dudado en escoger á un gran artista para representarla en Cortes.

GERMINAL se alegra, como si de un triunfo suyo se tratara, del triunfo de Gabriel d'Annunzio, que es un revolucionario, en cuya médula artística vibran con hermosas y conmovedoras vibraciones todos los grandes ideales en que el arte moderno se inspira.

En este inmenso alborear de verdad y justicia que la humanidad contempla con gozo, no es la obra de los literatos la más pequeña; no son los reflejos del arte los menos intensos y deslumbradores.

Es hecho observado en la historia que cuando se preparan grandes acontecimientos humanos, cambios de frente del universo, todas las conciencias, todos los entendimientos, todas las voluntades convergen hasta encontrarse y convertirse en un cuerpo único, con una sola alma y una exclusiva aspiración. Sin darse cuenta de ello, partiendo de diversos puntos, no teniendo, al parecer, nada de común entre sí, todas esas conciencias, todos esos entendimientos, todas esas voluntades, se dan inconscientemente una cita en el porvenir; y hacia él van por diversos caminos que trazan al andar, que abren á pico, que riegan con su sangre, con su inteligencia, con su sudor, con su martirio, con su constancia, con el jugo de su fe, con la savia de su cerebro, con la fuerza de sus músculos, con sus gritos de angustia, con sus exclamaciones de ira, con el desprecio á la muerte, á la miseria, al egoísmo, al hoy que les acecha é intenta detenerles con todo género de asechanzas cobardes y de brutales imposiciones. Hacia él van, y cuando se encuentran no se sorprenden, se saludan, no se esquivan, se unen, suman su poder, reunen sus esfuerzos particulares para constituir un solo esfuerzo, gritan: ¡Ahor! dan un empujón, cae el viejo mundo hecho pedazos, y de entre sus escombros, cubierto aún por el polvo del derrumbamiento, como el sol por las neblinas de la mañana, surge el mundo nuevo, la obra de todos, el porvenir hecho presente.

Porque tal ha sido siempre nuestra creencia; por entender que todos los amantes de lo nuevo, pueden desde la esfera de acción donde giren, contribuir á la obra común, ha sido y es tan amplio el programa de GERMINAL. Por eso caben en él todos; los literatos revolucionarios con sus poemas, con sus artículos, con sus versos; los pintores con sus cuadros; los escultores con sus estatuas; los músicos con sus notas, los hombres de ciencia con sus números, con sus sistemas, con sus descubrimientos; los socialistas de diversas escuelas, desde la más conservadora á la más radical, con su credo y con sus energías. Todo el que grite ¡Adelante! está dentro de GERMINAL. Todo el que diga ¡Basta! ¡Atrás! está fuera de él.

Por eso al lado de socialistas convencidos como Palomero, como Fuente, como Delorme, como Salmerón y García, como Bark, como Maceín, como Zamacois, como Lapuya, como el que firma estas líneas; figuran poetas, artistas, nada más que artistas, como Benavente, como Paso, como Luna, como Jurado, como Maeztu, como Cadenas, al igual que figuran entre los colaboradores del periódico nombres que representan distintas tendencias científicas ó literarias.

Todos caben en GERMINAL, porque todos dan frente al porvenir.

El triunfo de Gabriel d'Annunzio es un triunfo muy señalado para GERMINAL.

¿A qué va Gabriel d'Annunzio á la Cámara italiana? A defender la belleza, el arte. Y como el arte moderno, como el gran arte de todas las épocas, se inspira en la naturaleza y busca en ella sus modelos, sus sujetos exteriorizables, á la naturaleza tendrá que recurrir Gabriel d'Annunzio para encontrar esa belleza de que se proclama defensor. En la naturaleza impresionará su cerebro; ante los espectáculos que la naturaleza le brinde latirá su alma; la vida humana, los acontecimientos humanos, las palpitaciones de la humanidad vibrarán en su espíritu, y cuando á la humanidad se incline, como no hay nada tan hermoso y que tan hondamente haga sentir al verdadero artista como el dolor, será el dolor humano, será la desventura humana lo que Annunzio tenga que defender en las Cámaras de su país. Lo que hable por sus labios cuando su voz se alce ante los poderosos de la tierra.

Eso hará; porque si no lo hiciese faltaría á su deber; y habría que residenciarle como diputado y como artista.

No es de temer eso.

Gabriel d'Annunzio se inclinará, como se ha inclinado ya otras veces, hacia los desgraciados, hacia los oprimidos, hacia los faltos de pan y de justicia, de respeto y de amor. Sentirá conmoverse su corazón con piedad inmensa por la infeliz hija del pueblo, criada

en el abandono para ser carne del hambre ó de la mancebía; en el obrero que trabaja de sol á sol sin esperar otra recompensa que un jornal insuficiente cuando lo halla, una existencia miserable cuando lo pierde y una agonía horrible cuando suena para él la hora de morir. Recorrerá con la imaginación ó con el recuerdo los campos donde infelices seres humanos trabajan como bestias para enriquecer á un propietario egoísta y ocioso; entrará en el taller, en la fábrica, en la casuca de la aldea, en el tugurio de la ciudad, y verá miles y miles de desgraciados víctimas de la explotación, del desprecio, de la ignorancia, pedazos de carne viva triturados por una máquina social que tiene dientes de fiera y entrañas de verdugo. Verá todo esto, oirá todo esto, sentirá todo esto, y al sentirlo, levantará su voz en la Cámara solicitando con grito doloroso y noble la redención de ese mundo maltratado y escarnecido.

Por eso decimos que el triunfo de Gabriel d'Annunzio es el triunfo de GERMINAL.

Por eso repetimos nosotros, los socialistas convencidos, los redactores políticos de GERMINAL: «¡Poetas, artistas, hombres de ciencia: Adelante». Escribid, pensad, abrid camino... Asistid á la cita!»

Allí estaremos todos; y obra de todos será la obra del porvenir.

JOAQUÍN DICENTA.

Á UN POETA.

STECCHETTI.

¿Por qué lanzas al viento tu lastimero canto
y así desesperado descubres tu dolor,
no sabes que no estiman los hombres nuestro llanto
y sirven de chacota las penas del amor?

¡Llora, más llora solo, que no te oiga la gente!
Aquí todo es mentira y es farsa la amistad;
el que te llame hermano en tus angustias, miente.
¿Virtud? ¡Es un fantasma y un mito la verdad!

La turba que te escucha y aplaude tus canciones
acaso indiferente ó con feroz placer
te ve en la cruz clavado y llevan sus sayones
la hiel con el vinagre que te dará á beber.

¡Oh, miente! ¡Miente! ¡Oculta poeta en dulce risa,
como prudente máscara, tu bárbaro sufrir,
el bien no es de este mundo, mentir es la divisa,
y es necio y es imbécil quien no sabe mentir!

J. JURADO DE LA PARRA.

LAS REFORMAS DE FILIPINAS.

EL Sr. D. Tomás Castellano y Villarroya, ministro de Ultramar, ha redactado un proyecto de reformas para el Archipiélago filipino, que ha sido aprobado ya por el Consejo de Ministros, y que no puede ser más reaccionario ni más á propósito para que la insurrección continúe y se propague cada vez más.

Según este proyecto, el capitán general puede nombrar como alcaldes ó capitanes á aquellos vecinos que se le antoje, con tal de que sean de la localidad.

Además, la Principalía de cada pueblo será presidida por el gobernador de la provincia ó persona á quien él delegue.

La inspección de las escuelas está confiada en absoluto á los curas párrocos que, como se sabe, son en su mayoría frailes.

Los asuntos referentes á elecciones y los nombramientos municipales están por completo supeditados á la Secretaría del Gobierno general de aquellas islas.

Los jueces de paz son también del nombramiento del gobernador general; en las poblaciones constituidas en ayuntamientos, como en las demás, ejercen dicho cargo los capitanes y gobernadorcillos, asimismo elegidos por la primera autoridad del Archipiélago.

El hecho de proclamar la independencia de Filipinas, hoy castigado como delito de rebelión, queda comprendido entre los delitos de alta traición, castigándose enérgicamente la propaganda en este sentido, ya sea directa ó indirecta.

Quedan exentos de responsabilidad las autoridades y funcionarios que se extralimiten en el uso de sus funciones, aunque cometan actos contrarios á la Constitución, con tal de que demuestren que iban encaminados á reprimir intencionalmente contra la integridad de la patria.

Se ensancha la definición de las asociaciones ilícitas y por consiguiente se abre ancho campo á todos cuantos atropellos y conculcaciones al derecho se pretenden, tanto por las autoridades como por las órdenes monacales.

Se incluye como delito el pacto de sangre y se facilita la persecución de oficio de todos los delitos de injuria y calumnia cuando se dirijan contra personas que desempeñen funciones públicas, ejerzan la enseñanza, estén investidas con carácter eclesiástico ó pertenezcan á corporaciones oficiales.

El gobernador general queda investido con facultades para reprimir y castigar gubernativamente, aun cuando el hecho no constituya delito, los ultrajes á la nación, á la religión del Estado, á la moral, á los funcionarios públicos, sacerdotes, maestros, etc.

Además, el mencionado gobernador general podrá por sí, y sin más limitación que su antojo, acordar las deportaciones necesarias.

Se establecen escuelas de idiomas filipinos en Madrid, Barcelona y Manila, disponiéndose asimismo que el conocimiento del tagalo, del visayo ó de cualquier otro de los idiomas indígenas dará opción á determinadas ventajas para el ingreso y ascenso en la carrera administrativa y en la judicial, así como para el ejercicio de la enseñanza en todos sus órdenes.

Y no se habla nada en dichas reformas de la enseñanza del castellano, cosa esencialísima en aquel archipiélago, donde existen millones de indígenas que, aunque españoles, no hablan ni conocen en absoluto el hermoso y sonoro idioma de la madre patria, con lo cual quedan complacidos los frailes, tan opuestos á que los naturales de Filipinas conozcan la lengua de Calderón, de Quevedo y de Cervantes.

Se ve, pues, que la idea principal que campea en estas reformas es la de la represión más violenta, dejando á disposición de los frailes los medios más eficaces para que sigan dominando en aquellas islas, mediante su omnimoda intervención en la enseñanza y la caza de almas, que tan pingües beneficios les produce.

Y como con esto sin duda no había bastante, se ponen á disposición de las autoridades, y de los frailes sobre todo, aquellos medios coercitivos, cuya práctica imposibilita la paz, la tranquilidad y la vida del derecho de los ciudadanos.

Así, pues, los frailes tienen carta blanca para cometer todas cuantas iniquidades se les antoje y poner en práctica sus malos instintos y sus mezquinas y bajas pasiones de venganza.

Ya no podrán vivir en paz en aquellas islas todos cuantos directa ó indirectamente hayan combatido la nociva influencia de las órdenes monacales, y de aquí vendrá forzosamente una reacción tan espantosa, que á nada más que al filibusterismo y á los enemigos de la dominación española en Filipinas ha de aprovechar. Porque no hay que dejar de tener en cuenta que una causa se hace tanto más odiosa cuanto más en pugna se presenta con la civilización, con la libertad y con el derecho.

Y el estado de cosas que ha de entronizarse en el archipiélago filipino por virtud á estas reformas liberticidas de Castellano y demás reaccionarios del actual Gobierno conservador, han de captarnos las antipatías más vehementes del mundo civilizado.

Gracias á dichas reformas, las islas Filipinas se convertirán en amplio feudo de las órdenes monacales y de todos cuantos paniaguados de los Gobiernos españoles vayan allí á enriquecerse en poco tiempo y sin reparar en los medios.

¿Es posible que en estas condiciones se mantenga una colonia sujeta á su metrópoli?

Todos cuantos de sentido común se precien tienen que contestar negativamente. Y tienen que contestar negativamente, porque con la represión sólo se consigue exacerbar el mal y hacerlo cada vez más incurable.

La causa de la insurrección tagala, más formidable de lo que muchos creen ó aparentan creer, radica única y exclusivamente en el estado acentuadísimo de reacción moral y material que en Filipinas existe, donde el fraile impera y domina, cometiendo toda clase de inmoralidades, apoyándose hipócritamente en la Cruz y poniéndose bajo la protección de la espada, y donde la rapiña y el robo más escandaloso obtienen la sanción de nuestros gobernantes, mofándose cínicamente de todas cuantas leyes y disposiciones se han escrito para la salvaguardia social.

Y ¿puede alguien creer de buena fe que con esas malhadadas reformas es como se ha de destruir de raíz esa causa de que en el anterior párrafo he hablado?

No, y mil veces no. Si queremos conservar el archipiélago filipino envuelto en la bandera española, necesitamos introducir allí transcendentales reformas no inspiradas, como las de Castellano, en la más desatentada tiranía, sino basadas en la libertad y en el derecho; y por consiguiente, es preciso llevar á Filipinas leyes descentralizadoras, tan descentralizadoras como las que se consignan en la sapientísima legislación de Indias, si bien adaptadas al espíritu moderno: dar á los indígenas filipinos representación en Cortes, con

lo cual se evitarían seguramente muchos de los abusos irritantes que allí acontecen; colonizar las islas con elementos peninsulares que, aliándose con los indígenas, formarían una raza mixta afectada a España y más á propósito para la vida de la libertad y del progreso; secularizar la vida civil haciendo que los frailes se limiten al papel de evangelizadores y de misioneros que les confieren en su espíritu y en su letra las leyes de Indias; introducir todas cuantas leyes y disposiciones rijan en la Península, y hacer, por último, que todos los insulares, sin excepción alguna, hablen y conozcan á la perfección el idioma castellano, para que no se dé el triste y vergonzoso caso de que existan millares de españoles que por completo desconocen su lengua.

Con estas reformas, y únicamente mediante ellas, lograremos que las islas Filipinas permanezcan siendo españolas. De lo contrario, sólo conseguiremos que el filibusterismo se desarrolle y ¿por qué no decirlo? que sea mirado con simpatías cada vez más vehementes por la opinión liberal y democrática del mundo entero.

Los países que no son libres tienen un derecho sacrosanto á libertarse y entrar en el concierto de los pueblos cultos y civilizados.

JUAN DE LA ENCINA.

RÁPIDA.

DE ULTRATUMBA.

PARA G...

Hace muchos años, cuando España era un pueblo donde alboreaban la libertad, la justicia y el sentido común, pensé yo en separar á Cuba de España, en hacer de ella un país independiente ligado á España por los lazos de una autonomía completa y de una amistad firme.

Yo lo hubiese hecho porque tenía prestigio para hacerlo y valor bastante para decir lo que pensaba primero y para realizarlo después.

Me asesinaron una noche y mi proyecto se fué al cementerio conmigo.

En el silencio de la tumba pienso ahora si mi proyecto sería una equivocación lamentable y una decisión antipatriótica.

Tantos hombres, tanto dinero, tanta sangre como se gastan en tener á Cuba supeditada á la Metrópoli, me hacen dudar.

Acaso no era una obra de justicia y de sentido político la que yo intentaba. Tal vez estaba equivocado.

Si es así, siga derramándose sangre, gastándose dinero, perdiéndose tiempo, prestigio y gente.

Todo debe sacrificarse en aras de la patria, de la razón y de la justicia.

Pero, ¿me equivocaba yo?

JUAN PRIM.

AGITAR EL CAMPO.

El día que los obreros del campo simpatizan con nuestros ideales, habremos ganado la gran batalla. Encorvados sobre el terruño que riegan con su sudor, no sospechan siquiera que su miseria es la preparación afanosa de los cerebros directores del socialismo y que nuestros Congresos nacionales é internacionales discuten preferentemente esta cuestión, porque sin el auxilio de las masas rurales es imposible nuestra victoria.

En las comarcas donde los trabajadores del campo viven en grandes aldeas como en Italia y gran parte de España, hay mayor facilidad de agitarlos desde estos centros, y así lo han hecho los correligionarios italianos con gran éxito, y en Andalucía hay comarcas enteras completamente ganadas para nuestros ideales. En Rusia facilita la propaganda la propiedad comunal colectiva que aún se ha conservado como resto del comunismo patriarcal, y esto es el punto de partida de la actividad de nuestros amigos Miguel

Plejanof, Vera Sassulich y los partidarios que ellos capitanean. Constantemente se habla de huelgas promovidas por estos infatigables propagandistas que arriesgan su vida y su libertad por el ideal.

Si en Rusia son el 85, hasta el 90 por 100 de la población agricultores-aldeanos, en Italia y España lo son 75, y en Francia y Alemania sólo unos 65. En los dos últimos países se oponen casi insuperables dificultades por la ignorancia de los obreros aldeanos, su desconfianza hacia la «gente de las ciudades» y en muchas comarcas porque poseen un miserable pedazo de tierra insuficiente para alimentarles, pero sobrada para hacerles adversarios fanáticos de la propiedad colectiva que les amenaza con arrebatársela su terruño.

Oficialmente posee Francia 320.000 millones en propiedades, de los cuales son 141 inmuebles, repartidos entre la enorme cifra de 11.053.702 propietarios cuyas tierras labran unos 7 millones de labradores trabajadores, de los cuales hay 1.480.687 jornaleros que cobran 2 francos al día y unos 2 millones de criados agrícolas. La Revolución de 1789 democratizó la propiedad; pero el capitalismo absorbente ha destruido sus benéficos efectos, haciendo de los pequeños propietarios verdaderos proletarios, obligados á alquilar sus brazos á la fábrica vecina ó al rico hacendado, al igual que nuestros gallegos y asturianos que recorren la nación para llevar á su casa un pedazo de pan que no les da su pedazo de tierra.

¿Cómo convencer á estos proletarios del campo de las ventajas del socialismo? Publicistas de talento han querido resolver el problema; el profesor de la Universidad de Lausanne, Georges Renard, ha escrito un folleto bajo el título *Cartas á los aldeanos*; Jean Quâtré: *El partido socialista y la cuestión agrícola*; Pronier: *La nacionalización del suelo*; Hergal: *La significación social de los sindicatos agrícolas*, y *La democracia rural*; y en este orden de cosas puede citarse también el interesante libro de H. Dubest, titulado: *La despoblación del campo y la defensa nacional*. Además hay que citar los folletos de batalla propagados por millares en Francia. Compère Morel: *La verdad á los aldeanos*, por un campesino (*Revue Socialiste*, París, 25 céntimos); Jean Jaurès: *Socialismo y aldeanos* (30 céntimos); Mathurin Planton: *Lección familiar de socialismo*, y Delon: *Ensayo de propaganda socialista en el campo*.

En conformidad con Ricardo, Stuart-Mill y Spencer, profesan todas las escuelas socialistas la teoría de Henry George de que el suelo patrio es patrimonio colectivo de la nación entera, y bajo ningún concepto puede ser objeto de especulación de agiotistas monopolizadores, porque es la gran fuente de toda la riqueza y el instrumento más importante é indispensable del trabajo. Las diferencias principian, sin embargo, cuando se aplica este principio en los diferentes países.

Evidentemente sería inútil y contraproducente querer propagar entre gente cuyo anhelo es la posesión de un pedazo de tierra, que la pequeña propiedad será sustituida en absoluto por la grande, como lo afirman los marxistas cerrándose todas las puertas del campo. Además hay en los países meridionales, con su peculiar agricultura de la viña y de la horticultura, una situación muy diferente de la del Norte, donde prevalece la tendencia hacia la agricultura en gran escala.

La fórmula del socialismo positivista que puede ser aceptada por todos los países es: *todos los labradores serán propietarios* (á censo redimible) *del terreno que labran*, sea individual ó colectivamente asociados en sociedades cooperativas agrícolas. No habrá criados, ni trabajadores á jornal, ni propietarios que gocen del fruto del trabajo de otros. La tierra no labrada vuelve á ser propiedad colectiva de la nación, que de su parte puede disponer de ella para granjas, etc., administradas por la dirección de propiedades nacionales del Ministerio del Trabajo. Es una fórmula sencilla que resuelve el problema y puede encontrar eco entusiasta entre las masas de campesinos.

A. DE SANTA CLARA.

CUENTOS DE TODO EL MUNDO.

LA MUERTE EN EL CAMPO DE BATALLA.

Acompañado de Mikhaïlov, Praskunin alcanzó un sitio menos peligroso y comenzaba á volver en sí, cuando advirtió que un relámpago brilló á sus espaldas. Oyó gritar al centinela:

—¡Bomba val!

Y á uno de los soldados añadir:

—¡Llegará hasta el baluarte!

Mikhaïlov miró. El punto luminoso de la bomba parecía detenerse en el zenit, precisamente cuando era imposible adivinar su trayectoria. Pero eso no

duró más que un instante; la bomba, cada vez más rápida, se aproximaba sin cesar. Veíase ya el revuelo de las chispas de la mecha, se oía el silbido fatal; caía en medio del batallón.

—¡A tierra! gritó alguien.

Mikhaïlov y Praskunin se echaron en el suelo. Praskunin, cerrando los ojos, oyó que la bomba magullaba, cerca de él, la dura tierra. Pasó un segundo que le pareció una hora, la bomba no estallaba. Praskunin cogió miedo, pero quizás se espantaba sin motivo, quizás la bomba cayera más lejos y se engañaba al figurarse escuchar á dos pasos el chicheo de la mecha. Abrió los párpados y vió con satisfacción á Mikhaïlov tendido á sus pies, pero sus ojos se encontraron, por un momento, á una vara de distancia de la mecha encendida de la bomba que giraba.

Un terror glacial, de los que matan toda idea, todo sentimiento, invadió completamente su sér; se cubrió el rostro con entrambas manos.

Aún pasó otro segundo; un segundo durante el cual atravesó su espíritu todo un mundo de pensamientos, de esperanzas, de sensaciones y de recuerdos.

—¿A quién matará? ¿A mí, á Mikhaïlov ó á los dos á la vez? Y si es á mí, ¿dónde me herirá? En la cabeza sería mi muerte; si en el pie, me lo amputarían... entonces pediría á todo trance cloroformo y seguiría viviendo. Y quizás muera sólo Mikhaïlov; entonces yo contaría cómo estábamos juntos cuando le mataron y cómo me salpicó su sangre. ¡No! la bomba está más cerca de mí, ¡seré yo el muerto!

Y se acordó de los 12 rublos que debía á Mikhaïlov y de otra deuda de San Petersburgo, que hubiera debido saldar hacía tiempo; un aire tzigano que cantó la víspera, sonó en su memoria. La mujer que amaba le apareció adornada con su gorro de cintas lilas, y también el hombre que le ofendiera cinco años há y del que no tomó venganza; pero en medio de esos recuerdos y de otros mil, la conciencia del presente y la espera de la muerte, no le abandonaban ni un instante.—Además, ¡quizás no estalle!—pensó y estuvo á punto de abrir los ojos con una audacia desesperada; pero en aquel momento y á través de sus párpados cerrados aún, le hirió las pupilas un fuego rojo; algo le golpeó, con un estrépito espantoso, en medio del pecho; se lanzó corriendo al azar, los pies se le enredaron en el sable, vaciló y cayó sobre el costado.

—¡Loado sea Dios! ¡Sólo estoy contuso!

Fué su primer idea. Quiso palpase en el pecho, pero sus manos parecían clavadas, un tornillo le oprimía el cráneo; delante de él corrían soldados que contaba mecánicamente:

—Uno, dos, tres soldados y un oficial con la capa arremangada.

Luego un relámpago le deslumbró la vista, y pensó:

—¿Con qué han tirado? ¿Con un mortero ó con un cañón? Con un cañón, sin duda. Ahora tiran de nuevo y aun pasan más soldados: cinco, seis, siete soldados.—Seguían pasando y de pronto tuvo un miedo terrible de ser aplastado por ellos. Quiso gritar, decir que estaba contuso, pero tenía la boca seca, la lengua se le pegaba al paladar, le oprimió una sed ardiente, sentía que el pecho estaba mojado completamente y la sensación de la humedad le hacía pensar en el agua, y hubiera querido beber lo que le mojaba.

—Me habré herido hasta hacerme sangre al tiempo de caer, pensaba y cada vez más espantado, ante la idea de ser aplastado por los soldados que continuaban desfilando delante de él, reunió todas sus fuerzas y quiso gritar:

—¡Cogedme...!

Pero en lugar de eso, lanzó un gemido tan espantoso, que él mismo se horrorizó al oírse. En seguida chispas rojas le bailaron delante de los ojos; le parecía que los soldados amontonaban piedras encima de él.

Las chispas bailaron menos rápidamente, las piedras que se amontonaban le ahogaron cada vez más; hizo un supremo esfuerzo para separar las piedras; se alargó y no vió más, no oyó más, no pensó más, no sintió más; murió en el sitio partido el pecho por un casco de metralla.

Mikhaïlov, al advertir la bomba, se había echado á tierra como Praskunin. A él también, durante los dos segundos que la bomba tardó en estallar, un número incalculable de pensamientos le atravesaron el espíritu. Rogaba á Dios mentalmente diciendo:

—¡Hágase tu voluntad!

Y pensaba al mismo tiempo:

—¡Y yo que pasé á la infantería para hacer esta guerra! ¿Por qué no seguí en el regimiento de hulanos, en el gobierno de Tech cerca de mi querida Natacha? ¡La que me espera ahora!

Se puso á contar: una, dos, tres, cuatro, diciéndose que si la bomba estallaba en número par, quedaría con vida, y si en impar, sería muerto.

«¡Todo ha acabado! ¡estoy muerto!» pensó al oír el ruido de la explosión, sin acordarse si tocaba el número par ó el impar. Y sintió un choque en la cabeza y un dolor atroz.

—¡Señor, perdona mis pecados!—murmuró juntando las manos.

Se levantó, pero cayó sobre la espalda, exánime.



JOSÉ VILLEGAS.—ESPERANDO LA SEÑAL.

por esperanzas sublimes ó mezquinas, yacían, rígidos los miembros, en el valle florido y bañado de rocío que separaba el baluarte de la trinchera ó en el suelo unido de la capilla de los muertos de Sebastopol. Centenares de hombres maldiciendo ó rezando con los labios resecaos, se arrastraban y se retorcián gimiendo, abandonados unos entre los cadáveres del valle florido, otros sobre las camillas, los lechos ó el humedecido suelo de la ambulancia... Y, sin embargo, como en los días precedentes, el cielo se iluminaba con los fulgores de la aurora por encima del monte Sapoun, las estrellas centelleantes iban palideciendo y una niebla blanquecina se levantaba sobre el mar rugiente y sombrío. El alba purpurada se abrazaba al oriente; nubes encendidas corrían en el horizonte azul clarísimo, y, como en los días anteriores, la antorcha poderosa y magnífica que promete la alegría, el amor y la felicidad, subía impertérrita.

CONDE LEÓN TOLSTOI.

AMORCITOS.

VIDA GALANTE.

—La Laura se ha suicidado— me dijeron — se ha sabido por la prensa, que hoy ha dado noticia del desgraciado suceso.— ¿No lo has leído?

Yo, apenas la conocía... Sólo recuerdo que un día hablé con ella un instante y me dijo que vivía separada de su amante...

Era una pobre mujer que riñó con él, al ver que por otra la dejó, y, harta ya de padecer, un día se suicidó.

Fué una loca, pero ha dado esa prueba de heroísmo al desdeñarla su amado, que en las *hijas del pecado* hay también romanticismo.

Fornos la vió en su esplendor porque allí, en la sala aquella pasó su vida mejor...

Yo sé de un trasnochador que habrá de rezar por ella.

CASTIGO.

A tí, quien quiera que seas, desconocido rival que, gozándote en el mal, en mi dolor te recreas, sólo he de hacerte saber que, á mi mayor enemigo, le daría por castigo el amor de esa mujer.

J. SÉ JUAN CADENAS.

La primera sensación, al volver en sí, fué la sangre que fluía á lo largo de la nariz; el dolor de cabeza era mucho menos fuerte.

—Es el alma que se va; ¿qué hay allí abajo?

—Dios mío, ¡recibe mi alma en paz...! Es singular— razonaba— me muero y oigo claramente el paso de los soldados y el ruido del tiro.

—¡Por aquí! ¡una camilla! ¡tú eres el jefe de la compañía!,— gritó por encima de él una voz que reconoció; la del tambor Ignatiev.

Alguien le levantó por los hombros, abrió penosamente los ojos y vió encima de su cabeza el cielo de un azul sombrío, grupos de estrellas y dos bombas que volaban á lo alto, como tratando de alcanzarse una á la otra. Vió á Ignatiev, á los soldados cargados de

camillas y de fusiles, el declive, las trincheras y de pronto tuvo la certidumbre de estar vivo.

Una piedra le había herido levemente en la cabeza. Su primera impresión fué casi un sentimiento; tan buena y tranquilamente se había resignado á ir *allí abajo*, que la vuelta á la realidad, la vista de las bombas, de las trincheras y de la sangre, le fué desagradable. La segunda impresión fué una alegría inconsciente por sentirse vivo, y la tercera, el deseo de alejarse del baluarte lo más pronto posible. El tambor vendió la cabeza á su comandante y le llevó á la ambulancia, sosteniéndole por debajo del brazo.

Centenares de cuerpos, ensangrentados entonces, agitados hacia dos horas, por diversas voluntades,

PRÁCTICA DEL SOCIALISMO POSITIVISTA.

París, 8 de Septiembre de 1897.

AL SR. D. NICOLÁS SALMERÓN:

II.



UESTROS compañeros de camino serán aquellos que puedan admitir algunas de las reformas políticas ó algunas de las reformas sociales contenidas en el programa socialista. Para esta apreciación conviene conocer el programa entero; pues si bien hemos reducido la doctrina, según los términos de mi anterior

artículo, no es menos cierto que la orientación, como también he dicho, nos la dan nuestros fines últimos, siendo los intermedios puramente de tránsito y como paliativos con que nos proponemos esperar una organización definitiva.

La base del socialismo está en la abolición del salariado. Bien sé que la teoría de Proudhon sobre el trabajo como único medio legítimo de adquirir, tiene ampliadores que se alejan ya mucho de aquella sencillez primitiva. Unos afirman como base del socialismo el comunismo, pura y simplemente. Otros toman por fundamento la colectivización de los instrumentos del trabajo. Estas bases son ciertas, y por su gradación, colectivismo primero y comunismo más tarde, pueden ser admitidas. Pero á una y otra precede la abolición del salariado.

No tengo más remedio que dejar esto sin demostración puesto que no escribo un libro de doctrina. Esto es un teorema que por el momento debe servirme como de verdad demostrada. Digo únicamente que por la abolición del salario se evita la expropiación violenta; que los instrumentos del trabajo se colectivizan sin revoluciones forzadas y que de esta colectividad, pasando á la igual remuneración de las horas de trabajo, venimos por etapas sucesivas al término apetecido de nuestras concepciones, y puesto que todo este edificio descansa sobre la abolición arriba dicha, no hay duda de que esa abolición es la base.

De esta triple manera de exponer las ideas socialistas nace el supuesto de su diversidad fundamental. No hay tal diversidad, por el fondo. Los procedimientos sí varían; pero esto, por importante que fuere para el desarrollo de las ideas, no nos conduce á contradicciones irreductibles; á lo sumo nos hace caer en antinomias infinitamente menos complicadas que las corrientes en los textos más claros, producidos por los economistas de la vieja escuela, con la tranquilidad de que nosotros todos carecemos.

«Actualmente—dice Vaillant, el sucesor de Blanqui—las separaciones entre los socialistas, por lo que respecta á la teoría, son de simple matiz; el socialismo es uno en las ideas, igual en todos los países y en todos los partidos.»

En consecuencia, podemos tomar como programa aceptable, á lo menos en sus conceptos generales, el de Baumont en sus *Revendications nécessaires*, que es lo más elemental por la sencilla exposición, pero también lo más completo en cuanto á la enumeración de principios.

Las reformas propuestas por el socialismo se agrupan en dos órdenes: reformas políticas y reformas sociales.

Las primeras son estas:

- 1.º Supresión de la presidencia de la República (es Baumont, ciudadano francés, el que habla).
- 2.º Los ministros, elegidos por la Cámara, son los primeros funcionarios del Estado. El presidente del Consejo llena las funciones de jefe del Estado.
- 3.º Cámara única, elegida por escrutinio unipersonal, renovable por terceras partes. Representación de las minorías. Mandato imperativo. Multa á los electores que no voten. Igualdad civil y política de la mujer y del hombre.
- 4.º Justicia gratuita. Jueces por elección. Jurado en todas las jurisdicciones. Supresión del monopolio de abogados y procuradores. Indemnización á las víctimas de errores judiciales.
- 5.º Descentralización administrativa: al Estado los intereses generales; á los departamentos (en España pudiéramos decir las provincias ó las regiones) los intereses departamentales; á los municipios los intereses municipales. Referendum popular. Libre federación de los ayuntamientos, para los trabajos de interés común.
- 6.º La nación armada sustituye á los ejércitos permanentes, y como consecuencia, el reconocimiento del derecho á la existencia por el trabajo, con todos los demás derechos derivados.
- 7.º Separación de la Iglesia y el Estado.

Las reformas políticas tienen por objeto dar á las instituciones gubernamentales la forma adecuada para los límites á que pretendemos llevar la acción del Estado. En el orden de realización, preceden á las reformas sociales; pero no en masa todas. Ciertas reformas de estas últimas requieren otras políticas anteriores; es decir, que á cada reforma política corresponde la posibilidad de otra ó de otras reformas sociales, y el conjunto de todas las enumeradas abre la puerta á la obra socialista en su realización definitiva.

Las reformas sociales son estas:

- 1.º Liquidación de la situación financiera. Para esto habrá que extinguir la deuda pública y reemplazar los impuestos actuales por otros más equitativos.
- 2.º Supresión progresiva del derecho de sucesión. Las propiedades irán haciéndose patrimonio del municipio y alquiladas á precio mínimo. Las rentas municipales así adquiridas servirán para la extinción de la deuda pública.
- 3.º Reconocimiento del derecho al trabajo; y para

esto organizar la producción de modo que no se acumule hasta hundir con su peso todo el edificio social.

Con esta organización del trabajo se entra de lleno en el socialismo, cuyo fin es que el producto de la colectividad sea patrimonio de los trabajadores (trabajadores en el sentido nuestro) los cuales dispondrán de él á su entera libertad y como mejor les pareciere.

Aquí es donde se diferencian claramente las escuelas socialistas, en cuanto al más ó al menos de sus aspiraciones. Los colectivistas se detienen. Los comunistas van más adelante, hasta llegar á unas fronteras que no recorreremos por lo lejanas y en el momento inexplorables.

Pero antes de llegar á la realización de estos tres principios, sobre todo de la organización del trabajo, tenemos diferentes jornadas, posibles á condición de que, aun no cambiando el concepto semi-individualista del Estado, se aplique nuestro criterio de interpretación, amplio y resuelto.

Estas reformas transitorias, realizables en diferentes períodos de avance, han sido objeto de un estudio interesante, publicado por Arcés-Sacré. Podemos clasificarlas de este modo.

Asociaciones obreras de producción. Participación obligatoria en los beneficios. Limitación de las horas de trabajo (ocho horas). Mínimum de salario. Cajas de retiro para trabajadores. Asistencia de imposibilitados y de ancianos. Instituciones de crédito popular. Bolsas del trabajo y oficinas de colocaciones. Arbitraje en conflictos de huelga. Indemnizaciones por la ruptura del contrato de salario. Accidentes durante el trabajo. Inspección de talleres. Cooperativas de consumo.

En este orden de disposiciones transitorias hay otra clasificación de que da idea el decreto de 27 de Marzo de 1894, del Ministerio del Comercio y de la Industria, de Francia. Claro está que lo de transitorias, aplicado á estas disposiciones, es un criterio nuestro. Los gobiernos republicanos franceses no usan esa calificación; se limitan á dictar las disposiciones, aunque tal vez comprendan que no pueden ser definitivas.

Dice este decreto que todos los esfuerzos sociales tienen por objeto aumentar el patrimonio intelectual, moral ó material de los menos favorecidos por la suerte. Y para ello deben dictarse disposiciones preventivas, cuyas felices consecuencias se notarán más tarde.

Estos esfuerzos pueden repartirse en tres clases.

1.º Esfuerzos que tienen por objeto el aumento de la parte que el trabajo obtiene en los beneficios de la industria. Al efecto esos esfuerzos se subdividen así:

- a) Participación en los beneficios.
- b) Cooperativas de producción.
- c) Sindicatos profesionales.

2.º Esfuerzos sociales que tienen por objeto la mejora de la condición material y moral de los trabajadores.

- a) Cooperación de consumo.
- b) Cooperación de créditos.
- c) Habitaciones baratas.
- d) Instituciones de higiene social.

3.º Esfuerzos sociales que tienen por objeto asegurar el porvenir de los trabajadores y sus familias.

- a) Cajas de ahorro.
- b) Seguros sobre la vida.
- c) Seguros en casos de enfermedad.
- d) Seguros en caso de accidentes.
- e) Seguros en caso de fallecimiento.
- f) Seguros en caso de falta de trabajo.
- g) Seguros en caso de incapacidad prematura.
- h) Sociedades de socorros mutuos.
- i) Retiros para la vejez.

Y si todavía se quiere otra clasificación distinta de las anteriores, puede tomarse la empleada por el *Office du Travail* en sus estadísticas de los trabajos legislativos en las cuestiones obreras y sociales:

1.º EL TRABAJO.

A.—*El individuo*.—Contrato de trabajo. Busca de trabajo. Falta de trabajo. Salarios y medios de existencia. Crédito. Diferencias y discusiones en juicio.

B.—*La asociación*.—Asociación de personas. Asociación de capitales.

C.—*Higiene y seguridad*.

2.º PREVISIÓN.

3.º PROPIEDAD PRIVADA É INTERÉS COLECTIVO.

4.º PROTECCIÓN Y ASISTENCIA.—*Niños y mujeres. Mayores de edad.*

5.º DIVERSOS.

En esta clasificación encajan las leyes, proyectos ó proposiciones. Por ejemplo: en el capítulo de «Salarios y medios de existencia» se incluyen: salarios—salarios de la mujer casada. Privilegios del salario. Embargo del salario. Patrimonio de familia (*homestead*). Condiciones del trabajo en las obras públicas. Asociaciones cooperativas de consumo. Participación en los beneficios. Tasa del precio de los víveres, etc., etc.

Cualquiera que fuere la clasificación adoptada, una de éstas, ú otra que por los socialistas españoles se hiciese, habría que añadir resoluciones propias de

nuestra situación, por ejemplo: las leyes concernientes á la enseñanza obligatoria, gratuita y laica, de que no se habla en Francia por estar ya obtenida, gracias á sus Gobiernos republicanos. Otra ley que reclamaríamos sería la del servicio militar personal y obligatorio, no por modificación, á nuestro concepto, de que deben desaparecer los ejércitos permanentes, sino porque en el estado actual el servicio personal y obligatorio es un paso en el camino del progreso. Puede tolerársele á la sociedad su ambición de fuerza; pero es á condición de que la fuerza no vaya contra la idea de justicia.

No me extendiendo más en consideraciones, porque temo que mi trabajo resulte muy pesado. Voy á concluir, con algunas observaciones acerca de la legislación del trabajo en España.

En nuestro país se ha hecho poquísimos tocante á las cuestiones sociales. En 1871 fué abierta una información parlamentaria para enterarse del estado moral y material de las clases trabajadoras. A consecuencia de esta información se estudiaron algunos proyectos de ley sobre las Sociedades cooperativas y de seguros mutuos, Cajas de Ahorros y jurados mixtos; pero la única ley votada y promulgada es la de 22 de Julio de 1873 sobre el trabajo de los niños en las manufacturas y sobre la higiene de los obreros.

La Restauración ha iniciado algunas reformas. Primero, la ley de 26 de Julio de 1878, encaminada á la protección de los niños, y que si bien se promulgó, ha quedado incumplida. Ordenó luego por decreto de 5 de Diciembre de 1883 una información acerca de las condiciones del trabajo. En 1884 recordó, por medio de otro decreto, la existencia de la ley de 1873. En 1889 presentó un proyecto de ley, desarrollando los mismos principios de la citada ley de 1873. Por último, en 1894 se constituyó un negociado de estadística del trabajo en el Ministerio de la Gobernación.

Y no hay más. A pesar de ese negociado de Gobernación, no hay estadísticas industriales. La condición social y económica del obrero sigue desconocida. Tampoco hay manera de conocer la cuantía media de los salarios, ni la relación entre el precio de la mano de obra y la cifra de producción. El contrato de trabajo se rige legalmente por las disposiciones comunes á los demás contratos civiles; pero siendo esto absurdo, venimos á regirnos por la costumbre, la cual concede á la Administración facultades discrecionales y caprichosas. No hay la menor disposición respecto al trabajo de las mujeres... No prosigo. Es más sencillo decir que lo único en que parece saberse algo es en lo tocante á las horas de trabajo, donde la Comisión de reformas sociales se ha fijado, sin duda á causa del temor producido por la universal reclamación de las ocho horas.

Ya es tiempo de poner término á este mi artículo, y concluyo.

Resumen: podemos ir en compañía de los partidos que nos den algunas de las reformas políticas y sociales enumeradas. Basta ver cuáles son esas reformas políticas, para comprender que la República es el preliminar indispensable. Y precisamente la República en la forma española del 73, con un ministro jefe del Poder Ejecutivo, responsable ante el Parlamento y amovible. Sin embargo, aunque fuese apartándonos de ese importantísimo detalle, pasaríamos por una presidencia de la República, y no iríamos contra esa presidencia mientras con nuestros ataques peligrase la estabilidad republicana.

Pero los años corren; la evolución se verifica; las formas intermedias desaparecen poco á poco. Si los partidos republicanos no apresuran su marcha, la sociedad prescindirá de ellos y realizará su progreso por salto. ¡Ojalá que para bien de todos, no ocurra esa catástrofe! Mas si ocurriese, no olviden los viejos republicanos del 73, los pocos que perdieron honrosamente la batalla, que la responsabilidad de los hechos futuros no será nuestra, sino suya. La transición está en sus manos: ellos resolverán lo necesario.

I. L. LAPUYA.

GOLPE EN VAGO.

No dudes en mostrarme de tu engaño la desnudez horrible; sé valiente y dímelo de cara, frente á frente, sin miedo al tuyo ni á mi propio daño.

Quede tu labio á la piedad extraño; salga por él lo que tu pecho siente. No temas que te insulte ó que te afrente, ó que me vuelva loco el desengaño.

¿Piensas que abrirá en mi alma tu falsía nuevas heridas? ¿que á su fondo llevas un dolor ignorado?... ¿Que sí, dices?...

Pues hiera á tu placer el alma mía: Allí no hay sitio para heridas nuevas, sólo puedes herir en cicatrices.

JOAQUÍN DICENTA.

CRONIQUELLA.

INVISIBILIDAD.

DURANTE las últimas maniobras navales, se han efectuado en Francia las pruebas de un invento maravilloso, ante el cual son un grano de anís los fantásticos relatos de los cuentos de hadas... Se trata de una composición química que, aplicada á cualquier cuerpo sólido, le hace, de noche, completamente invisible.

El torpedero número 61, uno de los más formidables de la escuadra francesa, pintado con esa composición, caminó entre la doble línea de cruceros y acorazados, sin que nadie le viera. Los focos eléctricos exploradores alumbraban el camino que había de recorrer el torpedero; los comandantes de los barcos, el elemento oficial, todos los espectadores, se sintieron Argos, en lo de tener cien ojos; pero así y todo, el torpedero fué invisible, las pruebas dieron el resultado apetecido, y la humanidad ha lanzado un grito de asombro ante este invento, audaz y revolucionario por excelencia.

Estas maravillas jamás soñadas, estas espléndidas victorias conseguidas por el hombre en su eterna lucha con la naturaleza, dan al espíritu un vigor extraordinario, pero al mismo tiempo producen una gran tristeza... ¡Qué pronto hemos nacido!—exclaman los hombres de esta época al ver cómo se suceden las perfecciones de la materia y cómo lo inaccesible deja de serlo; y á pesar del fardo de dolores y de miserias que llevamos á la espalda, todos querriamos vivir muchos siglos para contemplar el admirable espectáculo de la humanidad triunfante, en el apogeo de su grandeza, con todos los *por qué?* contestados, dominados los elementos, sometidas las llamadas leyes inmutables, y caídos por tierra definitivamente los infantiles milagros que aún se glosan, con espíritu mercantil, desde la cátedra del Espíritu Santo; cátedra que á nadie convence, aunque da *momio* por los azules.

¡Sí! ¡Hemos nacido demasiado pronto! Pero como todavía no se ha resuelto el problema de nacer cuando nos acomode, aunque ya lo está el de morir cuando nos venga en gana, resignémonos al momento actual y aprovechémonos de sus escasas ventajas. El telégrafo, el fonógrafo, el cinematógrafo, los rayos X, las últimas conquistas de la ciencia, están á nuestra disposición por poco dinero no tardaremos, seguramente, en utilizar la nueva composición química para las necesidades de la vida! Y qué aplicaciones tan admirables y tan *prácticas*, puede tener el invento en cuestión! Disfrazados de *invisibles*, seguiremos á las mujeres hermosas penetrando con ellas en su impenetrable tocador; huiéremos de los *ingleses*; ocultaremos los defectos de nuestro organismo, y podremos estar en todas partes sin que nadie nos vea, vagando por esas calles como la sombra precita de que habló el clásico...

Dicho sea en honor de España y para defenderla de la nota de atraso é ignorancia que se empeñan en arrojar sobre ella los que desconocen los hechos, justo es decir que el problema de la *invisibilidad*, lo tiene resuelto hace bastante tiempo.

Nuestros padres, tras larga y empeñada lucha, conquistaron todas las libertades que era lógico pedirles, dejándonos tan apreciable y saneada herencia para que viviéramos con holgura... Todo el mundo podía pensar lo que quisiera y defender su pensamiento en la prensa, en la cátedra, en la tribuna, en el libro, *en todas las manifestaciones del humano espíritu* (como dice Castelar cuando le da el ataque de *cursifobia*); pero hoy, en cuanto uno se desliza en tanto así (señalando el tamaño del señor ministro de Ultramar), ya tiene la ley encima; el periodista se ve encarcelado, el catedrático fuera de su cátedra... ¿Qué es esto? La reacción que vive entre nosotros, pintada con la composición química que la hace *invisible*.

No es usted católico, porque no cree en el catolicismo, y á ello le autoriza la Constitución del Estado, pues tendrá usted un *jaleo* al casarse, si le dejan casar, y otro al inscribir sus hijos en el registro, si se los inscriben; y donde quiera que vaya le seguirá el odio del cura fanático é intolerante que barre siempre hacia dentro... de sus *derechos de estola y pie de altar*... ¿Qué es esto?... El clericalismo que se agita á nuestro lado, aunque *invisible*.

Los consejeros responsables realizan *transferencias* de crédito, provechosísimas para su peculio; los gobernadores se tragan provincias enteras; los alcaldes devoran los pueblos; los diputados ponen su voto á disposición de las empresas que abren las cajas sin dificultad; los concejales hacen lo propio... Y cuando la gente chilla y protesta para que la inmoralidad no quede impune, resultan las cuentas limpias y claras, y las Cámaras denegan los suplicatorios para los procesos, los tribunales absuelven..., etc... ¿Qué es esto?... El robo... *invisible*, aunque todos lo vemos.

¿He de seguir? Necesitaria interminable número de

in folios para que la enunciación de los casos de *invisibilidad* nacional fuese completa. El lector puede hacerlo por sí mismo, sin que la fantasía le ayude.

De modo que el nuevo y prodigioso invento no podría servir en este país más que para hacer *invisibles* á los matuteros en el pleno ejercicio de sus funciones; aunque en este caso, unas cuantas pesetas pueden hacer de composición química perfectamente.

Pero si á nosotros no nos aprovecha, al mundo sí: aplaudamos, pues, la última poesía de la ciencia, ¡el eterno poeta!

Apenas descubiertos los rayos X, cuya misión es ver lo que está oculto, aparece la nueva composición química para ocultar lo que se ve.

¡Hermosa y noble lucha! ¿Quién vencerá?

—¡Los cuerpos invisibles! ¡Ya sé lo que es eso!—diría Martínez Campos si fuera capaz de hacer una frase.—¡La humanidad que ha adoptado un pseudónimo!

GIL PARRADO.

INVOCANDO LA LEY.

Fecha en las cárceles nacionales de Barcelona recibimos la siguiente carta, que hacemos pública, como sus autores desean.

«Sr. Director de GERMINAL:

Muy señor nuestro: De su amabilidad esperamos, y en lo mucho que vale le agradecemos, se digne dar cabida en el semanario de su digna dirección á las adjuntas líneas.

De usted con la mayor consideración sus afectísimos q. b. s. m.

Los firmantes.

Mucho se ha escrito y sobradamente se ha probado la injusticia y despotismo que encierra nuestro extrañamiento, por lo que consideramos innecesario repetirlo.

De los 195 objeto de dicha medida, fueron conducidos á Francia el día 12 de Junio último 50, no marchando más por limitarse gubernativamente el número; la conducción de otros muchos que dos días después había de marchar á Marsella, suspendióse por orden del señor ministro de la Gobernación: los detenidos Montenegro y Corominas—á éste dos meses antes le pedía el fiscal la pena de muerte,—merced á especiales influencias, marcharon particularmente á Francia, no sin antes el segundo disfrutar de unas horas de libertad en Barcelona, para despedirse de la familia, amigos, etc. Igualmente marcharon á los Estados-Unidos, en las mismas especiales condiciones, otros dos detenidos, Fó y Montaner, sin que á éstos acompañara nota alguna que pudiera perjudicarles. Posteriormente, el 15 de Julio, otros 28 que tuvieron la fortuna de disponer de 25 ó más duros, fueron conducidos á Inglaterra, donde recobraron la libertad, y en aquella fecha quedamos, entre el castillo y la cárcel, 113, que somos, no los más peligrosos, porque quien es honrado y amante del trabajo y de la familia no puede ser nunca un peligro para el orden social, sino en general los más pobres. Creímos con fundamento que, á pesar del enorme delito de ser pobres, obtendríamos la libertad, siquiera ésta fuera á condición de salir de España, al tener conocimiento de que la Junta de Autoridades de Barcelona así lo había acordado; pero el atentado de que fué víctima el señor Cánovas, al que es inútil decir que somos en absoluto ajenos, ha muerto nuestras esperanzas, porque sabemos que en este desgraciado país la justicia parece estar pendiente de un accidente imprevisto cualquiera.

En los actuales momentos, el Gobierno, tan falto de serenidad, como sobrado de apasionamiento, parece, á juzgar por los trabajos que está llevando á cabo, que tiene el propósito de castigar con grandísima dureza nuestro único delito, que, como dejamos dicho, consiste en no haber tenido unos cuantos duros para abonar antes el importe del pasaje, y esto representa un atropello al derecho y á la justicia, de tal magnitud, una iniquidad tan enorme, que las personas de honrada y recta conciencia, las que su claro juicio y nobles sentimientos les haga apreciar los hechos con imparcialidad y desapasionamiento, la España liberal, no puede consentir, no puede tolerar.

Dura, muy dura, es la ley de represión del anarquismo de 2 de Septiembre del 96; pero aplíquese en buena hora á quien á ella falte; reorganícese la policía, puesto que la que existe es deficientísima y causa principal de los males que todos deploramos; creen otra si se considera necesario; pero nunca, ni bajo ningún pretexto, se conculque la ley, se pisotee la justicia, deportándonos á una colonia, puesto que estando detenidos desde mucho antes de promulgarse aquélla, no hemos podido quebrantar el extrañamiento, que la misma castiga con la deportación, y

porque, como repetimos, nuestro único delito es no haber dispuesto de unos miserables duros, de que tantos, cuya conciencia esta manchada, disponen.

¡Un poco más de justicia; un poco más de humanidad, señores gobernantes!

Cárceles nacionales, Septiembre 5-97.—Mariano Alvarez.—P. O., J. Curriols.—Pedro Costa.—Bautista Cervera.—Baldomero Carnadó.—Gabriel Llibet.—Antonio Tetás.—Domingo Fruitos.—P. Carreras.—Jesús Aparicio.—P. O., Francisco Sala.—Jaime Leonard.—Jacinto Mestrich.—P. O., Ramón Ardiaca.—Constantino Amigó.—Esteban Cuyás.—P. O., Mateo Roca.—Francisco Cardenal.—Pedro Fontanillas.—Sebastián Cufapé.—Carlos Bielsa.—Mariano Valls.—José Montemar.—Ramón Ars.—Pedro Perramón.—Julián Montes.—Federico Curt.—Vicente Frossas.—Francisco Freixas.—José Poch.—Jaime Catafal.—José Chinchilla.—José Vives.—Magín Argelich.—Antonio Navarro.—Francisco Toldrá.—Esteban Martorell.—Buena Ventura Murató.—Ramón Font.—Francisco Rull.—Salvio Puig.—Manuel Suragna.—Jerónimo Otiu.—Jerónimo Moñabiela.»

Si lo que los firmantes afirman es cierto; si en tal forma y tan sin motivo proceden contra ellos los encargados de hacer respetar la ley, por deber de humanidad pedimos, y estamos seguros de que todas las conciencias honradas lo piden con nosotros, que semejantes atropellos cesen; que se haga justicia; que se cumpla la ley.

No es mucho pedir en tiempos normales.

¿Será pedir mucho en tiempos conservadores? Acaso.

RODRIGO SORIANO.

DESDE este número se honra GERMINAL con un nuevo colaborador, Rodrigo Soriano, el literato que ilustra las columnas de *EL IMPARCIAL* con su firma.

Rodrigo Soriano, que ha pasado los últimos meses en las provincias vascas, que ha estado en San Sebastián, en Orio, en Santa Agueda y Vergara, tristemente célebres desde el asesinato de Cánovas y el agarrotamiento de Angiolillo Galli, en Zarauz, en Guetaria, en Guernica... que ha visitado casi toda la costa vascongada, impresionado por el espectáculo de los lugares que ha recorrido, de las cosas que ha presenciado, de los recuerdos y acontecimientos almacenados en su memoria durante el viaje, favorece las columnas de GERMINAL con un cuento vasco, que gustosamente publicamos, dando gracias á Soriano por la merced que nos dispensa.

Cuentos Nuestrós.

COSAS DEL VERANO.

«EL CHERMINAL».

IGNORO si figura en el voluminoso Diccionario de Madoz ó en el Mapa de España formado por el difunto general Ibáñez, á quien delicadamente se recompensó con el título de uno de los puntos geográficos más elevados de la Península, el de Marqués de Muley Hacen, un pueblecillo vasco que descubrimos la otra tarde, asentado en estrecho valle y mojado por formidable chaparrón que nos hería como granizada de balas. Llamémosle Zamalaga.

Hubo allí famosa acción de guerra que costó la vida á uno de los cabecillas más valientes y tenaces del campo carlista; allí le traicionó un general de los de la primera guerra, y se cuenta también de otro brigadier cristino que ganó cierto soberbio grado sin haber asistido á una batalla ó haber asistido de mal... grado á ella.

Es el caso que hoy Zamalaga tiene su fama en la de sus sabrosísimos *bizcochos* paladeados por cuantos naturales del país y extranjeros al mismo, pasan en carretelas, ómnibus, diligencias, *tilburis* y cabalgaduras, por sus maizales, por sus manzanas, por sus iglesias, por sus conventos, por sus casas solariegas y hasta por sus autoridades.

Precisamente el día mismo que llegamos á Zamalaga, los *verdes* y los *azules*, es decir, los liberales y los carlistas, habían reanudado las dos guerras civiles del siglo, á propósito de una cuestión... de piernas. Y la verdad es que por cosas de este linaje fuera capaz D. Carlos de «armarla.»

Las muchachas del pueblo bailaban en la plaza regocijadas sus honestas danzas: el alcalde, hombre cejijunto y malhumorado, había suspendido la danza,

por si las *almeas* zamalagueñas bailaban baile *agarrao* ó baile *separao*; entonces los galanes se enfurecieron, apedrearon al alcalde, y tras muchos *Demoniúa*, *Jangoicúa* y *Aitáta semiá*, de liberales y de carlistas, de verdes y azules, copiosos tragos de sidra y de *chacoli*, extinguieron aquel formidable incendio y pusieron término al coreográfico motín. Es así que una vez dicho «un alcalde muerto, puede el baile continuar», Zamalaga, como muchos otros pueblos de aquellos contornos, fué soñado Yuste para cuantos querían gozar de tranquilidad en paz y en gracia de Dios. ¡Qué de merendonas, de romerías, de paseos por altos y por bajos, de fantásticas cacerías (y digo fantásticas porque hasta el presente no se han contado más de cuatro perdices en todo el noble solar eúskaro), de jue-

dras musgosas y como oxidadas por el tiempo nos estuvo. Entonces José Mari, que venía con nosotros, un casero con más años que el árbol viejo de Guernica, pero erguido y firme como el árbol nuevo, señaló á las piedras y dijo:

—*Ahí ya te tienes el Cherminal... ó Germinal ya le desian también. ¡Dimonio de hombre! ¿Quién saber, pues? ¡Ya es historia buena, buena!*

—Y ¿por qué le llamaban así? Y ¿por qué?...

Y á nuestras instancias, y en su lenguaje pintoresco que no puedo copiar con su propio color, nos refirió lo siguiente:

—*No sé, pues, si sucedió el 30 ó el 31, figuración tengo el 31 en primera guerra. Samalaga tenían entonces liberales; luego carlistas; después liberales tuvieron;*

sielo, de si ¡Aitáta semiá! ¡Nunca vimos aquí cosa parecida! Mire usted frailes ya quisieron haserle resar. Él muy pino muy pino (fino) muy señor ya te estaba pero disiendo si él no creía. ¡Qué horror, señor! Nadie saber por qué matar había al general, ni quién era el pransés tampoco saber; tozos le preguntar y... nada desir él; que si no tener pueblo; patria ó así no tener ya desía. Muchos muchos mundos ya había corrido aquel y caracho! ya en París de Pransia ya había estado; ya desía si el mundo se volverían del revés. Unas veces desía un nombre que se llamaba, otras otro daba. Al fin no acordar yo más. No me recuerdo...

El coronel Barraitúa, aquel alto, alto, placo que tener un perro, aquel ya dirá, pues, tozo aquel. Ya saber, ya conoser Cherminal. ¡Dmoniúa!



GRÜTZNER.—CUENTOS DE CAZA.

gos, de partidos de pelota, etc., etc. Por la mañana íbamos á caza de tordos; por la tarde al *lanquetako* ó merienda; por la noche se jugaba al *mus* con dos curas de Zamalaga, uno de ellos gran sacador de pelota y famoso cabecilla en otros tiempos...

Cierta tarde, ya al anochecer, sentámonos á la puerta de un caserío, cercano al cementerio. En la sombra crepuscular se recortaban como fila de encapuchados varios negruzcos cipreses; á su lado cruces.

—¡Son del tiempo de la guerra!—dijo con perfecta tranquilidad el secretario de ayuntamiento que estaba allí. Muchas hay...

Entonces nos acercamos al derruido cementerio. Había en él tumbas de generales, de soldados, de ilustrísimas, de jóvenes entusiastas pertenecientes al uno y al otro bando, muertos en el campo de batalla; apellidos vascongados de doce y de trece letras: *Belanoteguigoitia*, *Gainchurizqueta*, *Aguirrezabalaga*, ¡qué sé yo!

Y ya fuera de las tapias, abandonado por el amor de los hombres y de Dios, un tosco montón de pie-

más tarde carlistas coger... Por mañana diana, luego trompetas, y músicas y tambolín (tamboril) y tiros ¡pum! ¡pum! y también mujer con miel untada y plumas como gallina ¡Jangoicúa! Y así pasearla en astúa (asno) y robar y pegar y con la culata dar... Un día ya oímos muchas voces hásia plasa. ¡Mirusté la fin del mundo parecía! Ya vimos pasar mucha, mucha gente que pegar y desir insultos á un hombre muy muy alto, desente, de barba castaña, con sangre en cara y arañasos. Ya le empujaban, pues, muchos y ¡muera! ¡á la horca! desirle tozos (todos). Entró en cársel y luego saber nosotros como era un pransés. ¡Caballero ya parecía que matado á un graaaan general liberal. Espinosa ya le desian al general. Darle tres tiros cuando estar general escribiendo en caserío del pueblo. ¡Ni figuración tener aquel hombre de morir! ¡Con cincuenta vidas no pagaría el pransés! ¡Malos hombres ya hay pues! Ya hablaba bien el pransés y muy contento parecía que estaba. A los pocos días ya se ajuntó Consejo guerra y á horca le condenaron. En el Consejo sínico ya estuvo y diciendo cosas de si Dios de si no Dios, de si no hay

Por la noche, en la tertulia, el coronel retirado Barraitúa, un vejestorio que hizo las dos guerras, añadió lo siguiente al relato:

—¡*Germinal*!, dijo, ¡y quién se olvida! No he visto hombre más extraño, más frío, más malvado. Me tocaba mandar como alférez una compañía que guardaba la capilla del reo. Tenía yo entonces 20 años. ¡Me parece que lo estoy viendo! En la celda de la cárcel bastante ancha, el reo, tranquilamente sentado frente á un fraile vestido de blanco, discutía con viveza. Hasta nosotros llegaban voces.

—¡*Demuégtreme lo contragio!*, gritaba el reo.

Y á poco ví salir al fraile que, llevándose las manos á la cabeza, decía:

—¡Desgraciado! ¡Inútil! ¡Sólo la gracia de Dios!

Oiga usted un detalle. El reo iba regularmente vestido. Hablaba con algún desequilibrio, con acento extranjero; era alto y hubiera parecido guapo si la suciedad de los días que llevaba en la cárcel no le hubiera manchado. Recuerdo que al verme, muy finamente me hizo sentar.

—¡Siéntese señor teniente!, dijo. Y empezó á hablar de libros, de teorías, de religiones, exaltándose como si quisiera ver un mundo muy lejano, absurdo, fantástico que debía existir por fuerza, por voluntad, capricho é imposición suya. Habló de política, del rey, de los ministros, de política europea, de los carlistas, de los generales, del porvenir de España, que se yo. Una vez que hablaba se oyeron muy cerca de la prisión unos martillazos, Nos volvimos todos.

—No se preocupen ustedes, dijo. Es el tablado paja mañana.

Y siguió discutiendo, mirándonos impasible. ¡Hombre más extraño! El caso es que nadie supo de dónde vino, ni quién era, ni lo que pensaba. Así se pasó el día; la noche hablando, leyendo unas comedias ó no sé qué cosas francesas; tomó á la noche café y chocolate á la mañana.

Mire usted, no me olvidaré de cómo estaba el pueblo. Había venido fuerza de la capital; los soldados, ya al anochecer, bailaban con las mozas en algunas callejas y al son de acordeones; las campanas de la iglesia doblaban á muerto; el Santísimo estaba puesto de manifiesto y todo el pueblo vestido de negro, mujeres, niños, hombres en la iglesia tan grande, tan hermosa, tan llena de luces, rezaba por la conversión del reo. Recuerdo que se formaban grupos en la plaza, que salían frailes y curas, el juez, el defensor, muy conmovido, tropas, parejas de caballería, y todos cuchicheaban y referían cosas del reo, de su misterio, de su tranquilidad. Se dijo si con un pañuelo envenenado con ácido prúsico había querido suicidarse..., de si no durmió, de si continuó discutiendo religiones y filosofías, el origen del hombre y de las especies. El caso es que no olvidaré el último día. Mire usted, era un día hermoso, el cielo azul, los campos rientes, la naturaleza adormecida, los caseríos blancos, los árboles verdes. Por la mañana estaba ya el patíbulo levantado, de madera sin desbastar, muy alto, con valla desigual, amarillenta, con vetas de sangre. Mucha gente alrededor y jinetes é infantería...

Yo estuve dentro de la cárcel. El reo seguía charlando perfectamente tranquilo, leía á ratos unos versos. En esto entra el verdugo, un verdugo vestido como un tramoyista de teatro, bajito, grueso, colorado, de barba negra, muy bastote, parecido á un sayón de monumento de Semana Santa. El reo le pide la hopa, se la pone, se la arregla á su gusto como un actor y echa á andar.

—No es la hora aún, le dicen.

—No importa. ¡Arribal!

Al subir encarga que le entierren con una carta de su madre que lleva en el pecho.

Se despidió al pie de la escala, ¡de veinticuatro escalones, bien me acuerdo! se despidió de los frailes, del defensor.

—No quiero que padezcan ustedes, les dice.

Y sube un poco deprisa los escalones.

El verdugo le sigue y detrás el perro del verdugo, un perro canelo, ¡recuerdo este detalle.!

Yo y dos soldados subimos después...

No recuerdo más; así vagamente me parece ver el patio de la cárcel, sombrío; la torre cobriza de la iglesia, huertos manchados de vegetación polvorienta, caserones grises sucios, las rejas de un convento, gentes encaramadas en árboles, ojos espantados, manchas azules de blusas y boinas, algunas rojas que puntúan el verde del campo como gotas de sangre..., el patíbulo, la horca que brilla herida por el sol... Alzo la cabeza y detrás de una reja que da al patio veo al ayudante del general difunto, á Cachupín, su amigo fiel, vestido de negro, pálido como un Felipe II que asoma cual temeroso de su indiscreción, pero gozándose en ver la escena y testificar de ella. El verdugo corre de un lado para otro. El reo se pasea por el tablado con vaivén forzado, á causa de llevar grillos; su cuerpo elevado y flexible parece ondular, atado y sujeto como va. Su tipo choca mucho al público. No lucha, no grita; sumiso, resignado, sonríe á los espectadores que parecen cada vez más aterrados. El sol le hiere de costado. En esto se adelanta á la barandilla del patíbulo, y con voz firme grita levantando las esposadas manos.

—¡Cherminal!

Por el público corre un temblor. Parece como si hablara con potente voz desde la tumba un moribundo. —¿Qué ha dicho? ¡No sé saber! Cherminal, Terminar, Germinal. ¡Sabe Dios!

Le veo después dirigirse al aparato, colocarse en él, abrir mucho los ojos, dudar si hablaría más...

No ví más; nublada la vista, le adiviné sentado en el banquillo dirigiendo una mirada sonolienta al público, muy pálido. Al ponerle el paño negro en la cara, confusamente oí que decía al verdugo:

—No, no, no.

Y apartaba de sí con repugnancia la careta de los agonizantes.

El momento era horrible. Mire usted un detalle. Uno de los soldados, un niño, se agarró tembloroso á la barandilla. Poco antes, le había observado que miraba á una muchacha...

Solo el reo, á su lado el verdugo, cerca unos solda-

dos mirando cara á cara á la gente, envuelto en sol, hizo la mueca final.

Hubo un aterrador silencio, algún grito ahogado de mujer. Luego un *rum rum* temeroso del público que se desparramó como en busca de vida por aquellos campos rientes... En el patíbulo se agitaba tembloroso el bulto negro como un muñeco de trapo. El verdugo y el perro huían, bajaban precipitadamente las escaleras.

Así acabó *Germinal*. Ya sabe usted porque le llamamos *Cherminal*. ¿Qué quiso decir con esto? No lo sé... *Germinal*, *Germinar*, ¡sabe Dios!

Pero á ninguno del pueblo se le olvidará mientras viva aquel tan malvado como extraño *Germinal*.

RODRIGO SORIANO.

Zamalaga, Agosto.

LA LIBERTAD DE PENSAR.

En España se vive en un continuo tejer y destejer. Lo que se ganó ayer, se pierde hoy, y lo que se gana hoy, se goza con la intranquilidad y el temor de perderlo mañana.

Ahora nos vemos obligados los españoles á desenterrar la vieja retórica progresista, para defender la libertad de pensamiento. ¡Qué antigualla! Pero es así.

En Gijón han sido presos dos ciudadanos. Uno de ellos no es un cualquiera, es un catedrático del Instituto. ¿Por qué han perdido su libertad esos dos hombres? ¿Han matado? No. ¿Han robado? Tampoco. ¿Han faltado á la ley? De ningún modo. ¿Por qué han sido presos? Porque piensan... ¿Prenden en España por pensar? Sí.

Lo que un hombre guarda en los rincones de su cerebro, ¿es materia penable?

Aquí de la vieja retórica. ¿Y el sagrado de la conciencia? ¿Y el pensamiento libre?

Esos dos hombres son anarquistas.

¿Quién lo dice? ¿Ellos?

No. Lo asegura la policía.

¿Y qué sabe la policía lo que es anarquismo?

Es que esos dos hombres guardaban en su casa libros, folletos y periódicos anarquistas.

¿Y qué? ¿Cómo puede la autoridad fundar en eso el auto de prisión, cuando esos libros, esos folletos y esos periódicos se publicaron después que el fiscal dió el permiso para ello, por no encontrar en sus páginas materia denunciante? ¿Es que la autoridad autoriza la publicación y venta de libros, folletos y periódicos que luego pueden servir para que por ellos un hombre pierda la libertad?

Eso es lo monstruoso hecho ley, la arbitrariedad convertida en código.

En este siglo cualquier ciudadano de un país libre puede, si quiere, negar á Dios, combatir al rey, luchar contra el altar, y el que libremente puede hacer eso, no puede sostener ésta ó la otra doctrina política?

Sí; todas pueden sostenerse. ¡No faltaba más!

Porque mañana un republicano cometiese un regicidio, ¿habríamos de meter en la cárcel á todos los republicanos?

Porque mañana un monárquico asesinase al presidente de una República, ¿privaríamos de la libertad á todos los monárquicos?

Sólo el que delinque será merecedor del castigo.

¿Qué legislador sería capaz de penar la intención?

Habría partidarios de cualquier idea que sean criminales; pero ninguna idea, ni la más avanzada, es criminal, y así lo ha sostenido en la cátedra del Ateneo un ministro de la Corona, un defensor del orden: D. Segismundo Moret.

Hay que proceder con lógica. Los que ahora prenden á los que profesan ideas anarquistas, en la posibilidad de que puedan delinquir, dense una vuelta por los presidios y pregunten á los asesinos cuáles son sus ideas; de seguro que todos contestarán que son católicos, apóstólicos, romanos. ¿Llevará en sí la religión católica el germen del asesinato, de la criminalidad?

Nosotros no somos anarquistas, somos socialistas, y con esto está dicho todo; pero ante todo somos hombres de conciencia y pedimos que se respete la ley, como seremos los primeros en pedir que se cumpla con todos sus rigores cuando sea de justicia cumplirla.

A DEFENDERSE.

CONVIENE, para evitar que el día de mañana pueda ocurrir en España lo que acaba de suceder en los Estados-Unidos que los obreros españoles tengan presente el siguiente telegrama que publica *El Imparcial* en su número del lunes.

«Se han recibido telegramas de Pennsylvania dando cuenta de un atropello brutal cometido con los trabajadores de las minas.

Se han transmitido dos versiones del hecho. Según afirman varios telegramas, el sheriff de Coleraine, al frente de 2.500 milicianos, atacó de una manera despiadada á 250 mineros huelguistas.

A consecuencia del bárbaro atropello resultaron muertos 22 mineros, 76 heridos gravemente y 40 con heridas leves.

Los mineros estaban desarmados y se dirigían á Lattimer para invitar á sus compañeros á que tomaran parte en la huelga.

Se dice que el sheriff intimó á los trabajadores para que se dispersaran, que éstos no comprendieron la intimación, porque siendo en su mayor parte italianos, polacos y húngaros, no saben hablar inglés, y que el sheriff al verse desobedecido mandó hacer la descarga que produjo tan espantosa catástrofe.

Otros corresponsales, después de consignar que no partió provocación alguna de los huelguistas, dicen que éstos eran 250; que el sheriff, rodeado de 90 agentes de policía, dirigió una intimación á los mineros para que se dispersaran, y viendo que no se alejaban, comenzó á leer la ley sobre formación de grupos.

Acercáronse los obreros al funcionario para oír mejor; alarmóse éste, temiendo ser agredido, mandó á los agentes hacer fuego, y con los disparos provocó una confusión espantosa.

La mitad de los huelguistas cayó en tierra: los restantes emprendieron la fuga, en tanto que los agentes continuaban disparando.

La indignación producida por hecho tan bárbaro es indecible.

Se han declarado en huelga 1.500 mineros y se teme un formidable movimiento de protesta.

¡Después del hambre!... ¡el fuego!

Conviene y urge que todos los hombres de buena fe se reúnan con el sólo caritativo objeto de evitar que no vuelva á ocurrir que un delegado de la autoridad se equivoque ó se alarme y sin encomendarse ni á Dios ni al diablo, asesine á obreros infelices que sólo piden un pedazo de pan, ganado á costa de trabajos y de fatigas.

No deben los obreros españoles olvidar esta lección sangrienta.

LOS EXPLOTADOS.

EL JEFE DE ESTACIÓN.

DESCÚBRESE allá lejos, muy lejos, en una planicie solitaria, á media legua de un pueblecillo que no figura en el mapa, ni es conocido por el gobernador de la provincia. Edificio pobre, modesto, de paredes de ladrillo y ventanas color de chocolate, se eleva en un desierto, con un huertecillo al costado, una aldea á la espalda, un sol implacable en el cielo, un reloj de cobre en la fachada principal y varios carriles que se entrecruzan, y se separan, y se confunden á los pies.

Aquello es una estación de último orden; á ella no llegan más vibraciones de vida que el canto de los pájaros, el cencerreo del ganado que atraviesa la línea levantando una nube de polvo antes de perderse en el blancuzco trazado de la carretera, las voces del gañán que cruza los campos con el pie desnudo y el azadón al hombro, y el silbido estridente de las máquinas que aplastan los rails y conducen los trenes y se detienen un instante respirando hulla, sudando vapor, para dar breve reposo á sus músculos acorados y potentes, y alejarse después entre torbellinos de humo, con el brusco crujir de sus ejes y el áspero chirrido de sus topes, sin dejar á quienes las contemplan otro recuerdo de su paso que el rostro ennegrecido del maquinista y las caras sonolientas de los viajeros.

Los trenes se suceden con intermitencias de una, de dos, de tres horas á lo sumo. Ellos no se cansan, no tienen músculos de carne que se rindan, nervios que se desplomen, ojos que se cierren, estómago necesitado de nutrirse y alma codiciosa de esparcimiento y de solaz. Hay que recibirlos, que avisar su arribo á la estación próxima, que darles salida, que atender á la carga y descarga de las mercancías, al servicio de los viajeros, á las contingencias de la marcha; es necesario coadyuvar á las seguridades del viaje, prever los peligros, observarlo todo, dirigirlo todo; no dejar nada á la casualidad y á la incertidumbre. Trabajo penoso, de responsabilidades graves, de urgencia suma, de vigilar constante y de faenas múltiples.

Y para ese trabajo, para empresa tamaña y trajina tan duro, no hay más que un hombre: el jefe de estación. Así lo exigen la codicia y el ansia de acaparar dinero de que están invadidas las Compañías de Ferrocarriles. Aquel hombre, tostado por el viento y el sol, excluido ó casi excluido del trato con sus seme-

jantes, retribuido con mezquindad y explotado con largueza, tiene que hacerlo todo, absolutamente todo; gracias si le auxilia un mozo ignorante é inexperto, que sirve á la vez de cargador y de guarda-agujas.

El jefe es al mismo tiempo, en las estaciones de último orden, jefe, factor, telegrafista, expendedor de billetes y guardián de equipajes; ni puede separarse de su puesto, porque la marcha del servicio reclama su presencia; ni comer en su cuarto, porque solicitan su vigilancia el cuidado de los andenes, el arreglo del billeteaje y la seguridad de las mercancías; ni dormir sino vestido, porque los trenes pasan de hora en hora; ni amar, cuando ame, libre y tranquilamente, porque el rumor de los besos que deposite sobre los labios de la mujer amada puede turbarlo ó interrumpirlo el silbido implacable y burlón de una locomotora.

Así pasa un día y otro, esclavo del deber y de las brutales necesidades de la vida, con el reloj por compañero, por advertencia y por acicate; desafiando la lluvia, el sol, el aire, el calor y el frío, la tempestad y el bochorno. ¿Viene un tren? ¿Acaba de dormirse? No importa; á coger con mano torpe el manipulador del telégrafo, á saltar al andén, á despedir la inmensa mole de madera y hierro que tiene delante. Nada de sosiego, nada de reposo. Que se rinden sus músculos... ¡á trabajar! Que se desploman sus nervios... ¡á trabajar! Que se cierran sus ojos... ¡á trabajar! ¡A trabajar siempre, porque no tiene más remedio, porque está solo! ¡Para eso le paga la Compañía MIL PESETAS anuales!

Tal es su vida; vida de privaciones, de tormentos; vida de mártir, vida insufrible, digna de admiración y de aplauso. Y, sin embargo, ¿quién se acuerda del jefe de estación? Nadie. Para la Compañía es un instrumento: para los viajeros una mancha oscura puesta en el andén; mancha que va creciendo á medida que el tren avanza en su camino, y que se pierde luego en las negruras del horizonte; para los indiferentes que lo ven cruzar por delante de sus ojos cuando viene á Madrid, un individuo como otro cualquiera. Pero ocurre una desgracia, un descarrilamiento, un

sinistro de cualquier especie; el jefe de estación, el instrumento insignificante, rendido por lo penoso de su tarea, se ha descuidado un minuto, un segundo tal vez; acaso al levantarse de la silla donde reposaba, sin perfecta conciencia de sus actos, con el cerebro oscurecido por las nieblas de un sueño invencible, dió mal la salida, comunicó equivocadamente con la estación inmediata, hizo partir el tren que debía detenerse; y el tren partió, y chocando en el camino con otra mole de la misma fuerza y de velocidad idéntica, provocó una catástrofe, representada por vagones que se destrozan, por portezuelas que saltan en astillas, por locomotoras que se desprenden del carril, por viajeros que sucumben, por ayes de espanto y por estertores de agonía...

Entonces todas las responsabilidades caen sobre el desdichado jefe de estación, sobre aquel hombre que desempeña solo un servicio fatigoso y terrible; él es el culpable, el responsable, el torpe, el criminal. Si el suceso no tiene importancia, se le despide; si la tiene, se le envía á presidio.

Y mientras él sufre el hambre de la cesantía ó las amarguras de la condena, la Empresa, que economiza hombres, sueldos y trabajos; la Empresa, que coloca un individuo donde debieran servir cinco, acapara oro, evade las responsabilidades, se enriquece, prospera, vive satisfecha y feliz, paga un sueldo de 15.000 pesetas á sus consejeros y les envía todos los años un billete de libre circulación.

D.

ACTRICES JÓVENES.

CARMEN COBEÑA.

La campaña que durante la temporada anterior hizo al lado de Mario en el teatro de la Comedia la concede el título de primera actriz.



Carmen Cobena, que es una mujer bonita, siente lo que hace; quizás, y sin quizás, está en ella más desarrollado el sentimiento que la reflexión; no razona los papeles; le *entran* ó no le *entran* como se dice en el *caló* artístico. Cuando le entran, obtiene triunfos indiscutibles; díganlo si no los que obtuvo en los estrenos de *El señor feudal* y *La fiera*.

De todas suertes, y confiando que los años y el estudio la quitarán defectos y amaneramientos que hoy la perjudican, pueden asegurarse grandes éxitos.

Separada de Emilio Mario, ha constituido banderín de enganche y va á ser primera actriz empresaria en provincias.

Le deseamos honra y provecho.

Y deseamos al propio tiempo, que atenta á las dos obligaciones que como primera actriz y como empresaria se ha impuesto, tome el arte dramático con toda seriedad, y así como ha merecido figurar entre las buenas actrices españolas, figure entre los artistas que ven en su oficio algo más que una manera de ganar dinero.

J.

te una concesión que me proporcione esta suma, y con este dinero no sólo enmendaré mis trabajos, sino que haré modelos de arquitectura.

Mirovitch. Cuando vuestras construcciones sean modelos, lo reconoceré con gusto, como hoy las juzgo malas, porque lo son.

Burgmeyer. Pero entendedme, noble y excelente caballero; no se me dará la concesión si antes me desacreditáis y, en este caso, no es para mí para quien solicito, sino para mis pobres accionistas que no tendrán un pedazo de pan cuando me arruine.

Mirovitch. Repito que lo siento con toda el alma, pero por nada del mundo soy capaz de mentir pública y descaradamente.

Burgmeyer. Bien, escuchad: queda otra solución. Ayer recibí un telegrama... (Con mano trémula lo saca de su cartera y se lo entrega.) Vedlo, se me telegrafía que no obtendré la nueva concesión antes de la entrega de mis trabajos; no curséis vuestro *Memorandum*. Excusáos por enfermo hasta que os nombren un suplente; pasará cierto tiempo... Sólo una dilación os pido... Tengo cinco mil obreros dispuestos; en cuanto reciba la resolución de mi nueva contrata los emplearé todos en mis construcciones actuales... Después podréis volver á la Comisión y hacer inspeccionar las obras por cuantas comisiones os plazca, yo estaré tranquilo y os juro por lo más sagrado dejaros satisfecho. Mi reputación de contratista es lo que estimo en más.

Mirovitch. No lo dudo, Alejandro, pero á nada puedo acceder. He empezado debidamente el asunto y lo continuaré. Vuestro

mismo arquitecto ha supuesto aquí que yo tenía alguna razón especial para juzgarlo todo malo. ¡Iba yo ahora á variar bruscamente y darlo todo por bueno ó á eclipsarme! Semejante cambio se atribuiría á motivos nada honrosos.

Burgmeyer. Ese arquitecto es un imbécil, un bestia. Si queréis le enviaré al extranjero y le tendré allí diez años, veinte años.

Mirovitch. No sería sólo vuestro arquitecto quien así hablara, sería la sociedad entera... Acabo de entrar en la vida y no quiero hacer mi presentación con semejante infamia.

Burgmeyer. La sociedad nada sabría. ¿Cómo queréis que la sociedad supiese si mis trabajos estaban bien ó mal ejecutados, y por qué causa habíais salido de la Comisión? Pero, aun suponiendo que lo supiese, vuestra conducta os engrandecería y mereceríais su gratitud, pues no sólo me salvaríais á mí y á los que me han confiado sus capitales, sino á la misma Empresa. Sois joven aún, *Mirovitch*, y no conocéis los negocios. Si seguís inflexible, me quitarán el negocio y se lo darán á otro, que sólo pensará en sus intereses y se limitará á insignificantes mejoras. Supongamos que tampoco le admitís la entrega y le reemplazáis por un tercero. Este hará lo mismo. En fin, os tendréis que resignar á aceptar los trabajos sin que sean satisfactorios; mientras yo, que he cometido la falta y estoy pronto á espiarla, los reformaría hasta la perfección. En nombre de todas estas consideraciones, me atrevo á suplicaros de rodillas que seáis misericordioso... (Quiere arrodillarse.)

texto de la ley. (Abre el libro que ha traído y lo entrega claramente á *Mirovitch*.) Artículo 1.207, apartado 2.º (*Mirovitch* lo lee.) Dice este artículo con todas sus letras que ni en las construcciones de la Corona hay que atender al espesor de la mampostería, cuando el que hace la entrega al funcionario del Estado es otro funcionario.

Mirovitch (devolviendo el libro). No reza con este caso. Aquí se trata de un contrato, y el espesor le ha sido fijado al contratista...

Tolokonnikoff (con viveza). Pero querer ejecutar esta condición es como pretender saltar la línea.

Mirovitch (con mucha sangre fría). Si en el contrato había una condición imposible de cumplir, no haberse encargado del trabajo.

Tolokonnikoff. ¡Como!... Con tales principios se paralizaría todo espíritu de empresa... Cualquiera, sin ser abogado, os dirá que la ley está por cima de todos los contratos... ¡En el siglo del progreso hablar así! Estoy sorprendidísimo de oír tales palabras á un hombre de vuestra cultura.

Mirovitch. Preparáos á encontrar en mis ideas otras muchas sorpresas, como yo en las vuestras...

Tolokonnikoff (inclinándose con aire zumbón). ¡Mis ideas son muy ordinarias, muy vulgares! Pero volvamos al asunto: decid en vuestro *Memorandum* que nuestras construcciones de madera no se componen sino de pilares cubiertos de leves planchas por fuera y por dentro... ¡Es verdad! Pero no estaba el contratista obligado á otra cosa.

Mirovitch (retrocediendo con sorpresa). ¿Cómo no?

Tolokonnikoff (con notable aplomo).

mo). No, no lo estaba. Limitase el contrato á indicar el número y dimensiones de los edificios, pero no especifica la manera de construirlos.

Mirovitch (fuera de sí y alzando la voz). ¡Si no habéis hecho edificios, habéis hecho barracas!

Tolokonnikoff (con el mismo aplomo). Tal vez... Pero es natural que todo empresario se aproveche de las lagunas del contrato.

Mirovitch (pálido de cólera). Oid, Sr. *Tolokonnikoff*, pensad lo que decís. ¡Un contrato es para vos una tontería!... ¿Pensáis asustarme con vuestras palabras ó abusar de mí? En primer lugar no soy cobarde; además, aunque joven, reflexiono mis actos, y sé reconocer la inmoralidad y la picardía.

Tolokonnikoff (exaltándose también). Permitidme que os diga que aquí no las hay.

Mirovitch (coge de la mesa la hoja de papel en que ha escrito sus observaciones y casi se la pasa por las narices á *Tolokonnikoff*). ¿Que no hay aquí picardía é inmoralidad?

Tolokonnikoff (mirando al papel). Permitidme, permitidme... No me azotéis las narices con vuestros papeles, ni alcéis tanto el diapason, porque no soy vuestro subordinado; y os repito que aquí no hay picardías y que, si las encontráis, será probablemente (con sonrisa irónica) porque tendréis razones especiales para ello.

Mirovitch (acercándose á él). ¿Qué razones queréis suponer? ¿Qué razones?... Os intimo á que las digáis, ó, si no, yo os haré arrepentiros de lo que acabáis de insinuar y que meditéis más vuestras palabras.

LAS QUINTAS.

CARTAS Á UN AMIGO.

II.

BUES sí, querido Antonio, la vida nuestra está pendiente á todas horas de las resoluciones del Gobierno.

Antes estaba á merced de los reyes. En esto, como observarás, nada hemos progresado. Tan funesta es la tiranía del hombre que nace en las últimas capas sociales, como la de derecho divino.

En las monarquías absolutas, los déspotas eran los reyes. En las monarquías constitucionales, lo son los gobiernos.

Estos, en nombre de un pseudopatriotismo, no te suplican, te exigen que les apoyes incondicionalmente; que abandones tu hogar, aunque sumas á tu familia en la miseria y la indigencia; que empuñes un fusil, aunque no hayas nacido con vocación para ello; que te adiestres en el manejo de las armas, aunque te apeste el hacerlo y aunque te repugne la idea de quitar la vida á un semejante que ningún daño te ha hecho.

No tienes derecho á pensar lo contrario de lo que ellos piensan, porque entonces debilitarías su acción y hay que fortalecerla á todo trance. No estarás en tu juicio si osas manifestar públicamente tus convicciones de que el enemigo á quien te mandan perseguir tiene más razón que tus verdugos, y defiende una causa más grande y generosa que la que sustentan éstos por ignorancia ó cobardía. Si tal cosa hicieras te calificarán de filibustero y, como Rizal y otros muchos, morirás pasado por las armas y acusado de traidor.

En el momento del combate, ni siquiera instintivamente se te ocurra retroceder. Aférrate al suelo como

el duro peñasco, y si te mueves que sea para avanzar y obedeciendo órdenes superiores. No vuelvas la cabeza aunque sientas el zumbido de las balas, porque entonces eres un cobarde. No protestes, porque la ordenanza te impone el más absoluto silencio. No exhales la menor queja, porque eso es propio de hombres afeminados.

Obedece, sufre y calla.

¿Que una bala te ha partido un brazo? Tal día hizo un año. ¿Que un casco de metralla te ha llevado una pierna? Bueno; pues sin pierna se puede trabajar. ¿Que no puedes? Buen remedio; á pedir limosna ó á que te mantengan los tuyos. ¿Que de un machetazo te han deshecho el cráneo? No hay que apurarse por tan poca cosa; ya sabes que los Gobiernos ó los Estados son tan pródigos que conceden á los muertos seis palmos de terreno para que los entierren.

¡Nuestra vida! ¿Qué es la vida de los desheredados de la fortuna? Una nubecilla de humo que se desvanece al más leve soplo; algo que se disipa con la misma facilidad que la niebla de la mañana ó el arbol de la tarde. La verdad es que se tasa en bien poco: 6.000 reales; no vale más. En poco más ó menos se hace el ajuste de una caballería.

Con esa suma, que para los poseedores del capital es una miseria y para los que viven en la miseria constituye un capital, puedes salvar el pellejo. ¿No tienes esa cantidad? Pues entonces tampoco tienes derecho á la vida.

¿Verdad que esto es muy triste? ¿Verdad que esto es muy real? ¿Verdad que esto es muy salvaje?

La vida de los hombres se compra y vende por unas pesetas, como se compran y venden en los mercados las reses destinadas al matadero. La sustitución de unos hombres por otros, es un mercantilismo repugnante.

Si con dolor vemos que en el mercado de livianas prostitutas la carne se cotiza á más alto ó bajo precio, según la belleza ó facultad física de la mujer, con rabia, más que con dolor, hemos de ver también ese trasiego de carne humana para pasto de pólvora y

metralla, y que sólo obedece á maquinaciones de las Celestinas de la política.

Sí, mi buen Antonio, esto es una trata de blancos, ni más ni menos que la trata de negros en Cuba. Sólo una cosa varía: la forma.

¿No convienes conmigo en que anduvieron algo des-caminados aquellos ilustres oradores de la izquierda radical en la memorable sesión del 22 de Marzo, al promulgar la ley de abolición de la esclavitud negra de las colonias, y dejar subsistente la esclavitud blanca de la Metrópoli?

Ríete de los que dicen que, por mor de nuestro patriotismo, la guerra debe concluirse con la guerra. ¿Tú crees que hay persona de sensatez ni de sentimientos que pueda desearla? Consulta á todas las madres y verás lo que te contestan. Oye el clamoreo sordo de la clase humilde y verás lo que te dice.

Pero prescindamos, amigo Antonio, del sentimiento de la maternidad; descartemos la opinión de la juventud afeminada, de esa juventud abyecta, envilecida, asustadiza, timorata, sin ideales, indiferente á los más trascendentales problemas de la vida; oigamos sólo la opinión de los que hacen peso en la balanza de la vida, de los aventureros, de los exaltados, de los que no se paran en barras para llegar á la revolución pronta de los más avanzados radicalismos, y verás cómo con toda sinceridad te dicen que abominan la guerra.

¿Qué les importa á ellos las luchas de los pueblos? Gente momificada, en vergonzosa pasividad ante las catástrofes nacionales, insensible á las contiendas que nos desangran, de frío y duro corazón, sin entrañas ante los desgarramientos de la patria, sólo viven atentas al negocio infame. Son almas muertas para la humanidad y como les diría el malogrado Larra:

«No son los muertos los que en dulce calma
La paz disfrutan de la tumba fría;
Muertos son los que tienen muerta el alma...
Y viven todavía.»

FRANCISCO MACEÍN.

18

BAAL.

Burgmeyer (asustado de estos comienzos de disputa). ¡Señor Mirovitch, calmáos! ¡Callad, Tolokonnikoff!

Tolokonnikoff (dirigiéndose á Mirovitch con la misma sonrisa burlona, pero afectada). ¿No con-vendría que fuérais el primero en reflexionar lo que decís? Me he limitado á responderos y habéis ido más lejos que yo.

Mirovitch (reprimiéndose). Yo estaba en mi derecho y vos no lo estábais. ¿Comprendéis?

Tolokonnikoff (siempre en el mismo tono). No, no os entiendo. Las opiniones son libres. Pero, como la discusión á nada conduciría ya, tengo el honor de saludaros. (Saluda y hace sonar sus tacones.) Siento mucho que la segunda vez que nos encontramos en la vida nos separemos de una manera tan desagradable.

Mirovitch. Y yo siento mucho haberos encontrado esas dos veces.

Tolokonnikoff (rojo de cólera). Lo mismo digo. (Sale sin saludar á Mirovitch.)

ESCENA V.

MIROVITCH, BURGMEYER, RUFINO.

Mirovitch (con desagrado). ¡Hay para perder la paciencia! ¡Tendré que prohibir á todos la entrada!

Burgmeyer (con timidez). Señor Mirovitch, el Sr. Tolokonnikoff ha tenido por objeto explicarse con vos como constructor y justificarse á vuestros ojos desde el punto de vista arquitectónico.

Mirovitch (muy enojado aún). ¿Qué tenía él que justificar? Estoy

convencido de que, como arquitecto y como hombre es un ignorante y un granuja... (Mirando á Rufino.) ¿Qué se le ofrece á este caballero?

Burgmeyer (bajando los ojos y con la misma timidez). Es un nuevo empresario que se encargaría voluntariamente de enmendar mis trabajos.

Mirovitch (á Rufino). ¿Sois judío?

Rufino. Sí, señor.

Mirovitch. ¿Y hacé mucho tiempo que sois comerciante de la primera *ghilda*?

Rufino. Desde el 12 de Abril, señor.

Mirovitch. Es decir, desde ayer.

Rufino. Sí, señor.

Mirovitch (riéndose). ¡Esto empieza á ser divertido!... ¿Y estáis pronto á encargarnos de la contrata del Sr. Burgmeyer?

Rufino. Sí, señor. ¡No pido por ello ni un *kopek* ni una *polouchka*! Habéis encontrado cuarenta y siete faltas que corregir: yo las voy corrigiendo y me las vais pagando una á una, con el dinero de la fianza del Sr. Burgmeyer.

Mirovitch. Está muy bien. Pero, desgraciadamente, esto no me concierne.

Rufino. ¡Cómo!... Lo que os propongo es de interés para vuestros jefes.

Mirovitch. Sí, pero no tengo poderes para tanto... Estoy encargado de admitir la entrega de los trabajos si, en conciencia, los creo conformes al contrato; no los he juzgado admisibles, y no los he admitido. A esto se reduce mi papel.

Rufino. ¿Y qué debo hacer? ¿A quién dirigirme?

Mirovitch. Cuando le retiren

la contrata al Sr. Burgmeyer, los trabajos de mejora que á sus expensas deberán ejecutarse serán adjudicados al mejor postor, y entonces presentaréis vuestras condiciones.

Rufino (comenzando á acalorarse). Pero, señor, entonces no podré hacer las proposiciones que hoy; la estación será menos propicia, se hallarán obreros con más dificultad, aun los materiales costarían doble... Entonces pediré cuatro ó cinco veces lo que ahora... Mis precios, señor, son ventajosísimos. ¡Hé aquí mis precios! (Pasa un papel á Mirovitch y, casi á la fuerza, se le pone en la mano.)

Mirovitch (echando el papel á la mesa). Estoy convencido, pero no depende de mí.

Rufino (enardeciéndose de nuevo). Os he hecho conocer mis precios, señor... Si más tarde las reparaciones á expensas del señor Burgmeyer salen más caras os podrá pedir daños y perjuicios.

Mirovitch. Y los pagaré si me condenan... Todo lo habéis preparado ingeniosamente, pero no os habéis fijado en que os conozco de casa del Sr. Burgmeyer y sé que sois uno de sus empleados.

Rufino (con disgusto). Lo he sido, pero ya no... Ahora trabajo por mi cuenta... Soy comerciante de la primera *ghilda*.

Mirovitch. Desde ayer. Sois un testafarro, una pantalla, esto es lo que sois. (A Burgmeyer.) ¿Cómo no os da vergüenza, Alejandro, de combinar estas comedias? No contento con haber tenido sabe Dios cuántas explicaciones conmigo, me enviáis á vuestros colaboradores para que me engañen como á un imbécil.

Burgmeyer (bajando la cabeza).

No sé donde tengo la cabeza, Mirovitch, ni lo que yo hago, ni lo que sucede á mi alrededor. Sin duda han querido ayudarme; el único favor que os pido es que me permitáis hablar, no como el contratista que trata de engañaros, sino como el hombre que se rinde al peso de la desgracia.

Mirovitch. No sé qué deciros. Hablad, si os place. (Se coloca, emocionado, tras una butaca y con la mano en el respaldo.)

Rufino (mirando con timidez á Burgmeyer). ¿Mi presencia es necesaria, señor?

Burgmeyer (con gran turbación). No.

(Rufino se coloca el gorro bajo el brazo y sale con la lentitud propia de los judíos. Su fisonomía parece decir: «¡No todo está perdido, aún puede ensayarse algo!»)

Mirovitch (observa á Rufino y sonríe mirando al público. Después se dirige á Burgmeyer). Os escucho.

Burgmeyer (con voz entrecortada). Yo mismo reconozco, Mirovitch, que mis trabajos han sido mal ejecutados. No sólo hay que hacer variaciones, sino que deberían estar hechas.

Mirovitch (con arrogancia). ¿Por qué, pues, los habéis realizado así?

Burgmeyer. No ha sido para ganar demasiado, Dios sabe que no he tenido este objeto; pero el año último perdí un millón en las acciones americanas.

Mirovitch. Seguramente es una gran desgracia, pero ¿qué puedo hacer?

Burgmeyer. ¡Bien sencillo! En la marcha de mis negocios la pérdida de un millón no representa mucho. Debo tener incesantemente

A.-F. PISEMSKY.

19

LA INTERNACIONAL DEL ORO.

AY dos inmensas fuerzas que dominan la vida económica y financiera del universo, infiltrando su veneno corruptor desde lo alto de la sociedad hasta los tugurios de la miseria: los reyes del oro y la Iglesia católica romana, la internacional del oro y la internacional negra. Sin comprender el papel que estas fuerzas ejercen y los medios de que se valen para conservar y aumentar su poderío, no se comprende absolutamente nada de los verdaderos móviles de la política interior de los países, ni menos aún de la política internacional contemporánea.

Hipólito Taine dedica un capítulo muy instructivo en su *Historia de la Revolución francesa* al poder que ejercían los grandes contratistas y banqueros sobre la primera República, empujándola a las locas conquistas que sirvieron á que Napoleón I llegara al trono. Augusto Chirac ha descrito magistralmente en *Los reyes de la tercera República y El agio desde 1870 hasta 1887*, cómo los Rothschild y consortes se han apoderado de Francia llevándola á las vergüenzas del Panamá, donde la flor y nata del país estafaba de los bolsillos de millares de franceses y extranjeros de todos los países *mil quinientos millones* de francos, escondándose detrás de la venerable figura del héroe del Canal de Suez, Fernando Lesseps. El socialista Gustavo Rouanet ha puesto un documento á esta gran villanía en el libro *La verdad sobre el Panamá*, y A. Serf ha ensanchado el cuadro de aquel escándalo en su interesante libro *Los grandes feudales modernos*. El prohombre del socialismo belga, Emilio Vandewelde, lo resume todo en el libro *La decadencia del capitalismo*.

La alta banca es internacional, judía de origen y se rie del patriotismo. Las guerras son el gran negocio donde la especulación del bolsista gana en pocos minutos cantidades fabulosas. Además son las guerras sangrías utílimas para debilitar las energías populares y evitar las revoluciones, sin contar que los ejércitos victoriosos han sido siempre el sostén de la reacción y ésta aprovecha mucho á los usureros internacionales. La mayor ventaja que les proporcionan son los empréstitos para sufragar los aprestos militares, y los empréstitos son los negocios más lucrativos de aquellos internacionalistas del oro.

Como el usurero que explota la miseria de los labradores ofreciéndoles en días de penuria el dinero indispensable para comprar la semilla, para esclavizarle después exprimiéndole el jugo de su trabajo mientras viva y el de sus herederos también, de igual modo acuden los usureros internacionales y nacionales solícitos ofreciendo su oro, porque saben que así se hacen los amos de los países. Inmensos pólipos gravitan sobre el mundo civilizado extendiendo sus tentáculos hasta las más recónditas aldeas, llevándose el jugo del sudor de la humanidad entera en forma de oro y plata. El comercio, en lugar de estimular la actividad, se ha convertido en un instrumento al servicio de aquellos pólipos, y los Gobiernos ya no son otra cosa que ejecutores serviles de la voluntad de aquellos monstruos. Los ministros son pagados por sinecuras en la dirección de los establecimientos bancarios, de las Compañías de ferrocarriles, ó en calidad de abogados-consejeros de las empresas indicadas, ferroviarias, bancarias, mineras, fabriles, etc., etc.

La más ingeniosa y diabólica invención de la internacional del oro, han sido las colosales deudas públicas que pesan sobre todos los países y que son el medio poderoso de sujetar y explotar á las naciones bajo apariencias decorosas y plausibles. Son colosales las cantidades que bajo este pretexto se estrujan del bolsillo de las pobres masas productoras para llenar el vientre del pólipo. Rusia paga de todos sus ingresos anuales, que ascienden á 3.676 millones de pesetas ó francos, 21 por 100 para atenciones de la deuda; Francia, 23 por 100, é Italia, 31 por 100. La rica Francia está abrumada por una deuda increíble de 39.000 millones que la obliga á pagar cada año *mil doscientos millones*, en calidad de atenciones respectivas, que ingresan en las cajas de la plutocracia internacional dirigida en la vecina República por los banqueros Rothschild, Hirsch, Cahen, Camondo, Bamberger, Léon Say, Erlanger, Ephrussi, etc.

Esta plutocracia es la dueña del mercado de todo el mundo, y de sus juegos y caprichos depende el estómago y la vida y felicidad de la humanidad. Una vez acapara artículos determinados para después subir los precios fabulosamente y con preferencia se arroja sobre el comercio del trigo y de los artículos de gran consumo y de primera necesidad. Mientras que la producción internacional de estos mismos productos no sea organizada colectivamente por los Ministerios del Trabajo de cada país, dependerán las naciones de aquellos vampiros insaciables que tienen la culpa de que el fellah de Egipto se empobrezca á medida que la dominación inglesa se arraiga; que los 300 millones de habitantes de la India estén expuestos á periódicas

epidemias de hambre á pesar de enriquecer á la Gran Bretaña y que el aldeano ruso coma cada año menos y peor pan, alimentándose de patatas, á medida que aumenta la exportación del trigo ruso producido por este mismo desgraciado *mushik*. El pólipo chupa la sangre del fellah, del indio y del *mushik*, y los Gobiernos todos son servidores solícitos de aquel sanguinario fantasma, parecido á la Bestia del Apocalipsis, porque no sólo chupa su sangre sino que envenena los cuerpos de sus víctimas, corrompiendo las costumbres y llevando el veneno de la sífilis y del alcoholismo desde los centros de la civilización á sus extremos.

Napoleón I comprendió todo el mal de la internacional del oro, llamándola una *muchedumbre de aventureros*. «No quiero, dice, entorpecer la industria de nadie, pero como jefe del Gobierno actual de Francia, no debo tolerar una industria para la cual no hay nada sagrado, cuyos medios habituales son el fraude y la mentira, cuyo fin es un provecho más inmoral aún que aquel del juego de azar, y que sería capaz de vender los secretos y la honra del Gobierno mismo si pudiera disponer de ellos... Todo el mundo inventa, comenta, desfigura los hechos, penetra en el consejo y en el gabinete de los ministros, en el secreto del curso, hace hablar á los embajadores, dispone de la paz y de la guerra, agita y extravía la opinión, siempre ávida de novedades y de errores, sobre todo en Francia que se domina tanto más cuanto más se la engaña; y esta escandalosa influencia la ejerce una muchedumbre de aventureros llamados *agiotistas*.»

Qué admirablemente les describe Zola en su grandioso estudio-novela titulado *El Dinero*. No hay tratado de operaciones mercantiles que sepa exponer con más claridad el complicado engranaje de las Bolsas y en particular de la Bolsa de París con sus múltiples relaciones con el universo y las corrientes subterráneas que la relacionan con la política y la misteriosa y temible internacional negra dirigida desde Roma.

Para que las Bolsas puedan ejercer la influencia saludable é indispensable en la organización del comercio internacional es preciso que con mano implacable se aleje de ellas á los agiotistas de la internacional del oro. Desde los *Collegium mercatorum* como se llamaron quinientos años antes de nuestra era en la antigua Roma hasta los soberbios palacios de hoy, han sido centros necesarios para el honrado comerciante, y un error de sectarismo fué que la República francesa de 1793 hasta 95 decretaba su clausura por no saber impedir el escandaloso agiotaje denunciado ya por Mirabeau con su incomparable elocuencia en uno de sus discursos más célebres. Nada más lejos de nuestro espíritu que condenar esta institución indispensable, porque ha llegado á ser ahora el nido de las serpientes internacionales cuya pernicioso influencia hay que estudiar en Inglaterra, América del Norte, Francia, Alemania y Rusia.

Compárese el movimiento de España con el de aquellos países y resulta insignificante. Aún estamos en la infancia industrial-comercial. Casi sólo en la Deuda pueden hincar su diente aquellos poderes internacionales y después en las compañías ferroviarias y algunos bancos (1). Millones de pesetas se reparten entre los accionistas y que debieran quedar propiedad colectiva de la nación, siendo servicios públicos como ferrocarriles, navegación, bancos, seguros, mejor administrados por el Estado ó por el Municipio, como el servicio de alumbrado, abastecimiento, etc. Los famosos *diez mil caciques*, los amos de España explotan hoy todas aquellas industrias en calidad de accionistas y adquieren la influencia política y el capital necesario para encargarse del arriendo de otras producciones monopolizadas por el Estado con fines financieros ó se encargan de recaudar el impuesto de consumos.

Los 95 millones que ingresan de consumos, significan otros 200 millones, ganancia y filtración de las empresas arrendatarias. Lo mismo puede calcularse que el doble de la cantidad que pagan las sociedades explotadoras de los monopolios al Estado, quedaría á

(1) Según datos oficiales producen las Compañías de ferrocarriles del Norte de España: pesetas, 5.540.122,80; de Madrid á Zaragoza y Alicante: 4.628.000; de Barcelona á Francia: 3.382.807,59; de Almansa á Valencia: 2.927.706,43; de Andalucía: 914.073,17; de Madrid á Cáceres y Portugal: 500.000; de Lérida á Reus: 320.067; de Mallorca: 177.480; los económicos: 112.397; de San Juan de las Abadesas: 89.767,95; y de Alaró: 1.056. Entre los establecimientos de banca son los más importantes: la de Madrid: 34.369.659,28; de Barcelona: 1.124.548,14; Sociedad catalana general de crédito: 601.959,60; Hispano Colonial: 4.200.000; el Crédito Mercantil de Barcelona: 1.433.055,13; Hipotecario de Madrid: 2.698.271,87; de Madrid: 820.692; de Castilla: 387.333; de Santander: 350.049; Crédito balear: 496.840; y de Cataluña: 301.355,77. Sólo hay nueve empresas importantes, entre ellas tres extranjeras de seguros. La Maquinista marítima y terrestre que produce: 348.507,44; Compañía de Tabacos de Filipinas. 2.015.251,46; La Catalana de alumbrado por gas: 549.351,37; Compañía Madrileña id.: 1.961.586,53; Compañía Sevillana de navegación: 863.176,77 y las compañías de seguros La Equitativa, la New-York y Unión y Fenix, con 709.470; 463.875 y 814.938,03 pesetas entradas respectivamente.

los empresarios como dividendos ó filtración. Los monopolistas del petróleo pagarán 5 millones al Estado y el petróleo ha encarecido ya en el consumo de manera extraordinaria. Los 3 millones de entradas por explosivos tendrán que pagar los consumidores tres veces. ¿Y el arriendo de las salinas de Torrevieja y de las minas de Almadén y Linares? Las cantidades del presupuesto (pesetas 850.000, 7.000.000 y 1.250.000) hay que triplicar para calcular lo que producen en realidad, y cuánto queda en los bolsillos de los Rothschild y demás arrendatarios. ¿Y las minas de Riotinto y la gran empresa Trasatlántica del Marqués de Comillas?

Imposible es calcular aproximadamente las cantidades colosales que de esta manera ingresan hoy en los bolsillos de los 10.000 amos de España y de la gran internacional del oro á pesar de que este país está todavía en el principio del desarrollo capitalista. En Inglaterra y América del Norte hay capitalistas que por sí sólo representan más rentas que las de media España. Lazos íntimos del común interés, amistad y parentesco unen las 10.000 arañitas españolas con la gigantesca araña internacional y en su tupida red enredan todas las fuerzas intelectuales del universo y hasta han conseguido hacer solidarias con ellas los poderes del pasado, los reyes, la aristocracia y las iglesias. El hijo del archimillonario *yankee* Vanderbilt se casa con la aristocrática hija del Duque de Wellington, el vencedor de Napoleón I, y los Rothschild, Bleichröder y consortes, son contertulios íntimos de los reyes y emperadores; la misma Roma católica no puede sustraerse al bolsillo del oro judío-masónico y los Comillas se ven obligados á encender una vela al diablo y otra al santo, porque la Iglesia no se atreve á hacerse públicamente solidaria con la agitación anti-judía de los católicos franceses y alemanes, los anti-semitas. La internacional negra está hoy por hoy unida con la del oro y á medida que la amenaza socialista aumenta se unirán más estrechamente aún.

Para los legos en estos asuntos ha dado Zola en la citada novela sociológica un resumen admirable de todo aquel mundo de fantásticas riquezas que cubre el universo con su brillo de oro bajo el cual se abren abismos de corrupción. Digna de un Zola es la figura simbólica del gran judío anciano que arruina al advenedizo Siccard tras titánica lucha en la Bolsa. Este Rothschild simbólico no puede gozar ni aprovechar para sí nada de sus tesoros: está enfermo y condenado por los médicos á alimentarse sólo de leche. ¡El amo del universo gastando sólo unos pocos ochavos! ¿Para qué entonces esta fiebre de oro que arruina y envilece á la humanidad? Los ferrocarriles hubieran nacido en Siria y los vapores hubieran surcado el Océano sin que haya necesidad de los accesos de la especulación que nacen de la viciosa organización capitalista de las sociedades actuales.

La hacienda socialista podrá únicamente resolver los problemas levantados por los crímenes de la internacional del oro y los países precursores están llamados á destruir el pólipo que chupa la sangre de su propia nación, y una vez sanado el cuerpo social en algunos puntos, será más fácil proceder á la destrucción definitiva del parásito, que será la obra de la revolución internacional que ya se destaca en los horizontes del porvenir lejano.

ERNESTO BARK.

LOS DOS CRISTOS.

Se ha dicho que los grandes pensamientos vienen del corazón. Gran pensamiento fuera el que aplicara todas las fuerzas del sentimiento religioso á la solución terrestre del problema de la justicia.

M. DE VOGÜÉ.

... Y Cristo se detiene frente á Cristo, el hijo sin mácula de Dios, frente al hijo sin mácula del hombre.

Es la noche del apocalipsis. Los tiempos se despedazan por mano de los hombres. Encarnándose en el brazo de los hambrientos, los siglos venideros inician los resplandores de su aurora con resplandores de disparos, de estallidos, de incendios, mientras los siglos del pasado, saltan sobre las losas de sus tumbas, resurgen á la vida con sus cadenas y sus grilletes, y el momento presente, ese soplo impalpable que es el presente, corre con las multitudes espantadas de la utopía, que hierre y que mata, á la tradición que atormenta, y que mata también!

Los siglos no se entienden, no pueden entenderse; los hombres no se entienden, no quieren entenderse; las muchedumbres huyen, huyen siempre, son cobardes, no merecen compasión.

Y el Dios del Sinaí no las compadece. Orlado con las nubes de tormenta, coronada la frente de rayos, surca los cielos Cristo, el mismo Cristo de bondad que pereció en el Gólgota.

Las larvas humanas, las bestiecillas miserables pegadas á la tierra, conocedoras de sus egoísmos, de su ruindad, de su impotencia, y presas de temor, no oponen otro escudo contra el hijo de Dios que sus pobres ideas, esas ideas con que á las veces logran remontarse más allá del estrecho horizonte.

Los hombres se esparcen por montes y vallados elevando los brazos al cielo, mostrando los libros en que han forjado religiones que luego negaron, ensueños de los que se ríen, aspiraciones que no llegan á convertirse en hechos, verdades que se ocultan á los más.

Y Cristo se detiene frente á Cristo; el hijo sin mácula de Dios, frente al hijo sin mácula del hombre. Porque el hombre es una nada, polvo que vuelve al polvo, inmundicia que de la inmundicia sale y á la inmundicia va; mas la idea es el hijo sin mancha del hombre, es aspiración, es verdad y pervive cuando el hombre ha muerto. Iban á perecer los hombres, pero del mar de libros que se extiende delante del Redentor, quedarían incrustadas en las cosas las ideas, esas ideas formarían el Cristo de otros hombres que han de nacer en otros mundos, y el mensajero de la venganza tiene que detenerse ante ellas.

Cristo va recorriendo con la vista las páginas de todos los libros: los libros de ciencia en que los hombres amontonan las colillas de las cosas; los libros de religiones donde se revelan sus esperanzas de ventura; los libros de los poetas en los que se perpetúan los dolores individuales; los libros de historia en los que viven los dolores colectivos; los libros de leyes y constituciones reveladores de sus luchas infecundas por el bienestar.

Y se entristece el Salvador; toda la obra del hombre es una exclamación, la misma que lanzó en la cruz el hijo de María: «¡Señor, Señor, por qué me abandonastel!»

¡Por qué me abandonastel, dícele la ciencia, incapaz de sacar de su amontonamiento de colillas una verdad en que pueda descansar la inteligencia. ¡Por qué me abandonastel, exclaman las religiones que, invocando al cielo, se arrastran por la tierra. ¡Por qué me abandonastel, gime el dolor humano, cantado por historiadores y poetas. ¡Por qué me abandonastel, gritan las leyes con las que los fuertes maltratan á los débiles.

Es un clamor inmenso, infinito, que desarma al hijo de Dios y le aturde y le ahoga. De las páginas saltan las líneas y le golpean el cuerpo; de las líneas se desprenden las letras y le acibillan la piel. Desde la tierra sube á los cielos una lluvia de venganzas humanas que martiriza á Cristo, le hiere, le desangra; y Cristo, resignado, contrito, se deja matar.

La sangre del Ungido se derrama en el mar de las páginas y colora las palabras, símbolos de ideas. El hijo de Dios se funde en el hijo del hombre.

Y cuando los hombres redimidos de la justicia de Dios, se aprestan á olvidar el nuevo sacrificio, como olvidaron el de Jerusalem, hallan sus ideas metamorfosadas por la sangre divina.

De la fusión de los dos Cristos, el de la idea, que es inconformidad y aspiración, y el de la bondad, que es sacrificio, surge el hombre nuevo, que se resigna al saber incompleto, á la enfermedad y á la muerte; dolores inevitables de su pequeñez; y que vence á la pasión y al egoísmo, resultantes del imperio del engaño y de la fuerza, al lograr su relativa felicidad en la «Ciudad del Buen Acuerdo.»

RAMIRO DE MAEZTU.

COSAS.

Copiamos de *El País*:

La mendicidad.

«Al devolver ayer tarde el nuevo gobernador la visita de felicitación que anteayer le hizo el alcalde, se ocuparon ambas autoridades de los medios que se pueden emplear para restringir la mendicidad en las calles de Madrid.»

Vamos á facilitar la misión de nuestras solícitas autoridades.

Uno de los medios que se pueden emplear para disminuir la mendicidad sería no expulsar á los asilados de las Casas de Beneficencia.

Pero tal medida *podiera* perjudicar á los que se hacen ternos con las dietas de los asilados no asilados. Y, evidentemente, es de las que no *pueden* tomarse.

Un semanario indecente, á quien no damos el gusto de nombrar aquí, porque ciertos nombres manchan á un periódico honrado, nos denuncia al Gobierno como anarquistas.

No hemos de contestar al órgano de las sacristías, ni hemos de protestar de su denuncia: lo primero sería rebajarnos; lo segundo, entretener un tiempo que necesitamos para otros asuntos más importantes.

Con periódicos de esa naturaleza no puede hacerse más que una cosa.

Lo que hacemos todas las semanas nosotros con él, en beneficio de la higiene y de la limpieza.

Es para lo único que nos sirve.

* *

Pero sin duda las opiniones y denuncias de semejantes papeluchos deben ser atendidas en las altas esferas (¡claro!), y según noticias, *GERMINAL* y *El País* están incluidos en la lista de los periódicos sospechosos.

¿De qué somos sospechosos nosotros?

¿De socialistas?

De eso debe ser, porque no otras ideas que esas defiende *GERMINAL*.

Pues si es así, cese la sospecha y conviértase en realidad.

Socialistas somos.

Y á mucha honra.

Socialistas en política; revolucionarios en política, en literatura, en ciencias.

Y con nosotros lo son miles de suscriptores, como lo son muchos literatos pensadores, escultores, poetas y músicos.

Gente nueva, que quiere lo nuevo en todo.

Como por eso haya que ir á la cárcel, ya deben hacer una exprofeso.

Porque somos unos poquitos.

Han publicado los periódicos noticieros un telegrama diciendo que los servicios públicos de la República de Honduras han sido arrendados á un Sindicato de ricos homes.

La noticia es de las que sublevan á primera vista. Alquilar una nación á una manada de banqueros, es ya el colmo del sistema capitalista; es negar del modo

más descarado y asqueroso los derechos individuales es entregar la patria á la codicia de unos usureros; es anular definitivamente la obra de libertad de todo el siglo.

Pero no nos indignemos prematuramente. ¿Acaso los servicios públicos de España son administrados por el pueblo español? ¿Quién manda, quién cobra los impuestos, quién reparte los destinos, quién hace las mayorías de las Cortes?

Ciertamente que no es un Sindicato de banqueros, pero sí un *Trust* de aventureros sin escrúpulos, á las órdenes de los capitalistas jesuitas ó judíos y de los estafadores sueltos.

Sólo que aquí se hace con menos franqueza y nos obligan á hacer una cosa. Envidiar la sinceridad al sistema centro-americano.

Con el título de *Publicaciones anarquistas*, inserta *El Imparcial* la siguiente noticia:

«Estos días circulan por todas partes publicaciones anarquistas.

Ayer recibimos por el correo un paquete de proclamas, cuyo título es *Sangre y luto*, un folleto que encabeza este lema: *Morir matando*, y una colección de litografías con retratos de los anarquistas últimamente ejecutados.

El Gobierno, mientras circulan libremente estas obras de propaganda, discute con tranquilidad la organización de la policía especial.»

Y no dice más *El Imparcial*.

La lucha de clases sigue siendo objeto de persecuciones dignas de la época de Calomarde.

Sin denuncia previa, se arranca el periódico de manos de los vendedores, se encarcela á los que en él escriben, se cometen todo género de atropellos.

Parece que estamos en los últimos tiempos del reinado de Isabel II.

Comunero y ajustado el artículo de Dicenta, *El arte en las Cámaras*, nos enteramos de que es dudoso el triunfo de Gabriel d' Anunzio.

¿Qué importa? Para lo que el artículo significa, como expresión de nuestro pensamiento y de nuestra aspiración, no importa el triunfo ó la derrota del candidato del ideal.

Si triunfa, mejor para todos; si es vencido, la idea no puede serlo jamás.

AVISO IMPORTANTE.

La Redacción y Administración de esta REVISTA, se han trasladado á la calle de la Libertad, núm. 29, donde se dirigirá toda la correspondencia.

MADRID.—IMPRESA DE FORTANET, LIBERTAD, 29.

GERMINAL

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA
SE PUBLICA LOS VIERNES

Redacción y Administración: LIBERTAD, 29

JEFE DE REDACCIÓN: JOAQUÍN DICENTA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid....	{ Trimestre.....	2	pesetas.
	{ Año.....	7	—
Provincias..	{ Trimestre.....	2,50	—
	{ Año.....	9	—
Extranjero y Ultramar: Año.....		15	—
Número suelto.....		0,15	—
Idem atrasado.....		0,50	—

A los corresponsales y vendedores: mano de 25 ejemplares, 2,50 pesetas.

Anuncios á precios convencionales.

Pagos adelantados.

Toda la correspondencia al Administrador.

EL GRABADOR UNIVERSAL.

GRAN TALLER DE GRABADO

PARA

litografía, talla dulce y tipografía.

FOTOGRAFADO, FOTOTIPIA

Y SUS SIMILARES,

con maquinaria para la estampación de estos procedimientos.

DIRIGIDO POR

FÉLIX JAIME

VILLANUEVA, 20.—MADRID.